

GERMINAL

SEMANARIO REPUBLICANO SOCIOLOGICO

MADRID.....	Trimestre..	2 pts ⁵
	Año.....	7 »
PROVINCIAS...	Trimestre..	2,50 »
	Año.....	9 »
Extranjero y Ultramar.....		15 »
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 25		
25 ejemplares, 2,50 pesetas.		

Horas de oficina: de 9 á 12 y de 6 á 8.

Para correspondencia al Director gerente

NICOLÁS SALMERON Y GARCÍA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Génova, 7, bajo.—Madrid.

No se devuelven los originales.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Rogamos á nuestros corresponsales y vendedores en Madrid, se sirvan comunicarnos, sin pérdida de tiempo, cuantas deficiencias encuentren en el servicio administrativo, que hemos tenido que reorganizar por completo.

La Administración y Redacción de GERMINAL han quedado establecidas en la calle de Génova, 7, bajo, donde deberá dirigirse toda la correspondencia, sin que podamos responder de la dirigida á otras señas.

En la última plana, bajo el epigrafe correspondencia administrativa, contestaremos todas las reclamaciones de nuestros agentes y suscriptores en Madrid y provincias.

SUMARIO

TEXTO

Delescluze, Rafael Delorme.—Rima (versos) Bécquer.—Bolsa del trabajo, A. de Santolara.—Unión socialista, Ernesto Baró.—El Calvario Octave Mirbeau.—Nonadas, H. Peseux Richard.—El Paria (versos) D. Amando Valdivieso.—El partido republicano.—¡Hip, Hip!... ¡Hurra! N. Salmerón y García.—Rápida, A. García Cano.—Llamamiento á las filas, Francisco Macein.—Educación inglesa, Edmond Demolins.—Recuerdo, Bartrina.—Crónicas americanas, Palmiro de Lida.—D. Bogotá al Atlántico, I. L. Lapuya.—El diamantista, J. Gomila.—El César, Salvador Rueda.—Estadística social, J. M. Ortiz.—Masgos.—Movimiento socialista.—Correspondencia administrativa.

GRABADOS

Delescluze.—En la Masía.—El albañil.—A la puerta del vino

DELESCLUZE

Así como la revolución del 69 fué el advenimiento de la clase media al poder, de la misma manera la revolución comunista de París en el año 1871, fué un relámpago precursor de esa grande y beneficiosa tormenta, que ha de instaurar la igualdad social, emancipando al cuarto estado, á las clases genuinamente populares, víctimas hoy de añejos privilegios y de inicuas desigualdades.

No fué la *Commune* de París un tejido de crímenes; no estuvo ni de cerca ni de lejos influida por el afán del pillaje, del incendio y del saqueo; hubo crímenes, hubo excesos en la represalia; pero, esto es verdad, y los catorce mil hijos del pueblo que murieron con valor en sus puestos de combate, dando sublime colorido de grandeza á sus excesos? ¿Y el hecho de que las mujeres y los niños fueran los más entusiastas defensores de la insurrección comunista?

¿No dicen una y otra cosa que aquel pueblo iba impulsado por una idea grandiosa, la de quitar la explotación y la desigualdad generadoras del hambre?

Los que tratan de formarse una idea exacta de las cosas—dice Pelletá en su libro *Le comi-*



DELESCLUZE

té central et la Commune,—saben que los crímenes no constituyen ni forman nunca una doctrina. En el furor de la guerra, en la exaltación de la revuelta ó en el estímulo de las represalias, los partidos pueden dejarse llevar por los crímenes y aun glorificarlos. Mas lo que no se puede sostener es, que el asesinato sea una doctrina católica por el hecho de la *Saint Arthelemy* ó que el pillaje pertenezca

al programa legitimista á causa del terror blanco. El petróleo no tiene opiniones. Lo hemos visto ponerse á disposición del César germánico para consumir nuestros pueblos y aldeas; servir á la desesperación de los defensores de la *Commune* locos de rabia, y ayudar al rey legítimo para tomar posesión con la tea en la mano de su reino de España.

No, y mil veces no; la *Commune* no nació al

conjuro del crimen y de la destrucción: surgió como una protesta de la Francia, verdaderamente republicana, contra la Asamblea de Febrero, que intentaba restaurar el régimen realista generador de la infamia y de la ruina de la patria. Y por eso, y sólo por eso, no únicamente los hombres, sino hasta las mujeres y los niños, morían contentos en defensa del derecho y de la democracia, amenazados de muerte por aquella Asamblea que, ante todo y sobre todo, después del desastre de Sedan, quería entregar la Francia á discreción de las huestes prusianas, para hacer la paz y matar inmediatamente la República.

La *Commune*, repetimos, no fué más sino el resultado del enojo mal comprimido de un pueblo que ve en un cambio de Gobierno hecho, al conjuro de su bien y de su mejora, casi á los mismos hombres que habían vendido la patria por medio de la traición y la infamia; no veía el pueblo de París, que es el cerebro de la Francia, en los hombres del Gobierno de Septiembre, ninguna resolución radical y beneficiosa; los veía inclinarse hacia el grito de ¡Rindámonos! lanzado por la reaccionaria Asamblea; quiso modificar aquel Gobierno, y fueron desoidas y aun escarnecidas las nobles voces de sus legítimos representantes Rochefort y Crémieux; trató el 31 de Octubre de recordar con energía y firmeza sus deberes como republicanos á los individuos del Gobierno de la defensa nacional, y el general Trochú se encargó de ahogar con sus cañones las aspiraciones populares; protestan en su nombre los alcaldes que en Noviembre eligiera, y los insultan y los vejan para después trasladarlos á las prisiones de Mazas.

No le quedaba, pues, al pueblo heroico de París, que estaba haciendo una resistencia admirable á las bayonetas prusianas, otro remedio que dejarse arrebatar la República ú oponerse á ello de una manera más ó menos enérgica, más ó menos violenta, y optó por esto último.

No cabe, pues, duda alguna, de que la *Commune* fué una revolución eminentemente política; y fué política porque tenía una marcada tendencia social, para lo cual entendió que la soberanía política debía concederse á todas las Asambleas municipales de Francia, principio que llegó á formar casi su único programa.

Y la garantía de que la revolución comunista de París era sinceramente republicana y no anarquista, como muchos pretenden, lo demuestra el hecho de formar parte de ella los hombres más ilustres de la democracia, aquellos adalides enérgicos y firmes del sentido genuinamente revolucionario del 89, tales como Félix Pyat, Blarqui, Flourens, Courdet, Longuet, Ranc, Vallés, Rochefort, y, sobre todo, Luis Carlos Delescluze, último ministro de la Guerra de la *Commune* y martir del deber y de sus ideas republicanas.

No era Delescluze un advenedizo de esos que en todas las revoluciones surgen de la misma manera que el relámpago resulta de las atracciones eléctricas de la nube; venía siendo republicano desde el año 30; tomó parte activísima en las sociedades tituladas de los Amigos del Pueblo y de los Derechos del Hombre, cuyo único objetivo era la sustitución de la monarquía de Luis Felipe, por una República esencialmente democrática y radical; se asoció á todas las tentativas republicanas del reinado del hijo de Felipe Igualdad; combatió en las calles de París el 5 y 6 de Junio de 1832; estuvo varias veces emigrado y otras tantas preso, porque en aquella época en que el velo de la reacción había cubierto la estatua de la libertad, en que no se respetaba el derecho, en

que el capricho y el antojo tanta intervención llegaron á adquirir en los negocios públicos, no existía más que un camino abierto á los defensores de la libertad y de la justicia, para trabajar por su advenimiento: el camino de la revolución.

Así lo comprendió el entonces joven Delescluze, y llegado á París á continuar sus estudios de Derecho, no titubeó en entregarse por completo á la defensa de sus ideales, y ya en 1830 luchó contra el despótico Gobierno de Carlos X, llenando de asombro á sus enemigos por el valor verdaderamente legendario de que dió pruebas en los tres días que duró el combate encarnizado, en que el pasado se defendía con rabia de las justas pretensiones de la democracia.

No era Delescluze sólo un hombre de acción; su pluma brillante y enérgica, su palabra de fuego y sus poderosos talentos é iniciativas fecundas, estaban siempre y á todo momento al servicio de la causa del progreso, y durante toda su generosa vida, el ardoroso revolucionario arrastró cadenas, expuso mil veces su existencia, pero no dejó un momento de sentir la República á que en su alma de temple genuinamente romántico, prestaba culto con esa mágica y arrebatadora pasión con que la fantasía adora el amor y la belleza.

Delescluze, como todos los que á aquella generación progresiva del año 30 pertenecieron, era un espíritu esencialmente ideal: su alma, entusiasta de las ideas y de los hombres de gran revolución, quería á todo trance la solidaridad y el derecho, no cabiendo en ella ninguna mezquina reminiscencia de ambición personal.

Olvidábase de sí mismo, y si en la *Commune* ocupó elevados puestos, si fué individuo de las comisiones ejecutivas y de la salvación pública y ministro de la Guerra, aceptó uno y otros, porque su presencia en ellos podía ser beneficiosa á la causa santa á que había consagrado la vida.

Era el representante de una generación de ideas y de principios altruistas, que en medio de los hombres del día, adoradores del egoísmo y del Dios éxito, presentaba un contraste tan original y simpático, que infundía admiración y respeto aun á los más ciegos defensores del individualismo asqueroso y salvaje que nos domina.

Su retirada de la Asamblea, á la que le llevaron 455.000 votos parisienses, su enérgica actitud, contraria á rendirse á las armas alemanas sin hacer defensa alguna, y su muerte heroica, indican que aquel hombre era del temple de los Danton, de los Robespierre y de los Vergniaud.

¡*Tuez vous sans cela nous recommencerons!* ¡matadnos, que si no, volveremos á empezar! Últimas palabras que pronunciara segundos antes de morir acribillado á talazos, en una barricada, demuestran el carácter de Luis Carlos de Delescluze, alma de fuego consagrada á la democracia y á la República, espíritu valiente, voluntad de hierro, ante cuyos hechos ha de enmudecer la Historia, para no turbar la elocuencia sublime, que por sí solos entran.

RAFAEL DELORME

RIMA

Su mano entre mis manos,
Sus ojos en mis ojos,
La amorosa cabeza
Apoyada en mis hombros.
¡Dios sabe cuántas veces
Hemos vagado juntos
Bajo los altos olmos,

Que de su casa prestan
Misterio y sombra al pórtico!
Y ayer, un año apenas
Pasado como un sombrero,
¡Con qué exquisita gracia,
Con qué admirable aplomo,
Me dijo, al presentarnos,
Un amigo oficioso:
«—Creo que en alguna parte
He visto á usted.»

— ¡Ah, bobos!

Que sois de los salones
Comadres de buen tono,
Y andáis por allí á caza
De galantes embrollos;
¡Qué historia habéis perdido!
¡Qué manjar tan sabroso
Para ser devorado
Sotto voce en el corro,
Detrás del abanico
De plumas y de oro.

Discreta y casta luna,
Copudos y altos olmos,
Paredes de su casa,
Umbrales de su pórtico,
¡Callad, y que el secreto
No salga de nosotros!
Callad, que por mi parte
Lo he olvidado todo:
Y ella... ella... ¡no hay máscara
Semejante á su rostro!

BECQUER.

La Bolsa del Trabajo.

CON gran éxito funcionan desde hace años en Francia, Bélgica é Inglaterra las *Bolsas del Trabajo*, denominadas en Italia con menos propiedad *Cámaras del Trabajo*, y creemos llegado el momento de que también en España se organicen estos centros utilísimos. Tanto más debe extrañar el retraso nuestro bajo este concepto, en cuanto ya existe la Bolsa del Trabajo en Montevideo. También en esto avanzan más nuestros hermanos de América.

Reproducimos á continuación las bases sobre que se constituye en la citada capital. Es una obra bien pensada, por la que se demuestra la seriedad con que se plantean las cuestiones sociales y se estudian sus resoluciones en algunos países americanos.

Al mismo tiempo puede servir de antecedente para el estudio de igual materia en España.

Reglamento de la Bolsa del Trabajo.

CAPÍTULO I

Móviles.

Artículo 1.º Los gremios obreros, obligándose á costear los gastos que originen su instalación y funcionamiento, constituyen en Montevideo una institución humanitaria y beneficiosa para su clase, que se titula Bolsa ó Cámara del Trabajo.

Art. 2.º La Bolsa del Trabajo sustituirá á las Agencias de colocaciones para los obreros, y proporcionará á los trabajadores todas las indicaciones necesarias para poner en su conocimiento á los diferentes elementos del trabajo.

Art. 3.º La Bolsa representa ante los Poderes públicos y cualquier autoridad ó particular los intereses del trabajo.

Art. 4.º En este carácter es reconocido como ente moral por el Gobierno de la República.

CAPÍTULO II

Organización.

Art. 5.º La Bolsa del Trabajo tendrá una oficina general repartida en otras tantas secciones cuantos son los gremios profesionales de Montevideo.

Art. 6.º La representación de la Cámara y su acción están confiadas á un Comité electivo nombrado por los obreros y elegido entre ellos.

Art. 7.º A más de los miembros del Comité, la Cámara tendrá empleados retribuidos con el fin de acudir á las operaciones de registro, correspondencia, informes, estadística y contabilidad.

Art. 8.º El Comité electivo durará en su cargo un año y es responsable y revocable.

Art. 9.º El Comité responde de los empleados á sueldo.

CAPÍTULO III

De la acción de la Bolsa.

Art. 10. La Bolsa tiene por móvil principal servir de intermediario entre el ofrecimiento y el pedido de trabajo y patrocinar los intereses de los trabajadores en todas las contingencias de la vida con los siguientes medios.

Primero. Poniendo en contacto y en relación permanente entre ellos mismos en un local destinado a los obreros asociados y facilitando la colocación y la contrata de trabajo, tanto para los hombres como para las mujeres, sin gastos de ninguna clase y aboliendo el parasitismo de los mediadores, que pesan sobre la mano de obra con perjuicio de los intereses, de la dignidad y de la moralidad de los trabajadores.

Segundo. Organizar por cada gremio, recurriendo si es menester a las Municipalidades y Cámaras de Comercio, un sistema de informaciones sobre las condiciones del mercado del trabajo en la República Oriental y posiblemente también en el exterior, proporcionando indicaciones a los obreros sin distinción, indicaciones respecto a las relaciones de la oferta y de la demanda en los principales centros industriales, señalando especialmente las localidades en que es menester la mano de obra.

Tercero. Establecer las condiciones del trabajo de los aprendices, vigilando su cumplimiento, bregando para que el trabajo de los niños y de las mujeres no sea superior a sus fuerzas, vigilando y previniendo los infortunios del trabajo.

Cuarto. Procurar por medio de encargados, y valiéndose de la oportuna publicidad, a los obreros de ambos sexos que estuvieran desocupados una conveniente colocación, ejerciendo también un razonable control en las relaciones entre propietarios y dependientes ocupados por la oficina.

Quinto. Facilitar la realización en los oficios de los libertados de las cárceles, indicando y prescribiendo normas para su rehabilitación.

Sexto. Tener una oficina de indicaciones para proveer a las diferentes contingencias de los trabajadores más menesterosos.

Séptimo. Favorecer y difundir la formación de arbitrajes entre propietarios y trabajadores en las varias industrias, con el objeto de allanar y resolver las gestiones del trabajo, sus condiciones, su remuneración, su duración y proveer de los medios oportunos para que las decisiones arbitrales tengan fuerza ejecutiva.

Octavo. Favorecer el progreso de la cooperación de consumo, de producción, de crédito, usando todas sus influencias para que los trabajos públicos sean confiados a las Sociedades cooperativas obreras.

Noveno. Fomentar las enseñanzas profesionales.

Décimo. Propagar y coadyuvar la constitución en Sociedades de los obreros de cada gremio para auxiliar a la Cámara del Trabajo en la compilación y aplicación de la tarifa sobre la mano de obra.

CAPÍTULO IV

Art. 11. La Bolsa del Trabajo funcionará provisionalmente en el local de las Sociedades obreras, calle Uruguay, 355.

Art. 12. Un reglamento interno especificará y ampliará el presente estatuto.

Conformes en un todo con el espíritu de este articulado, sólo quisiéramos que el concepto de *obrero* se amplíe, haciéndolo extensivo a todos aquellos que viven de un salario. Así, pues, debe decirse *obros, dependientes y empleados*.

En Francia, por ejemplo, forman parte de la Bolsa del Trabajo el gremio de los profesores y maestros y las señoras que se dedican a la enseñanza. Igualmente deben entrar en este movimiento el Sindicato de la prensa, que tan grandes servicios pudiera prestar a la causa del proletariado.

Bien organizadas, pudieran convertirse estas Bolsas en una institución de inmensa utilidad práctica y contribuir poderosamente a armonizar los intereses del capital y del trabajo.

Respecto al local, debiera el Gobierno aprovechar la ocasión para crear una *Casa del Pueblo* en las capitales más importantes para que todo este movimiento se aleje lo más posible de la malsana agitación cuyo fin es instigar odios y rencores.

En estas Casas del Pueblo debieran abrirse cursos gratuitos de sociología popular, economía política, elementos de legislación, etcé-

tera, etc., y debiera organizarse la oficina de *Estadística social*, que tan inmensas ventajas pudiera traer para los grandes intereses sociales del país.

A. DE SANTA CLARA.

La Unión Socialista.

NUESTROS antiguos compañeros siguen luchando con denuedo desde su nueva tribuna diaria, dando mayor amplitud y empuje a las campañas iniciadas desde estas columnas. Al abogar ahora por una estrecha unión de todos los elementos que sienten entusiasmos por el socialismo, nos encuentran con entusiasmo a su lado.

«Nuestra labor, dicen, con razón, no es otra cosa que procurar la unión de todas las aspiraciones sueltas; hacer que ese clamor aislado que sale hoy de los campos andaluces; mañana de la campiña aragonesa; ya de los subterráneos de Bilbao ó de Riotinto; luego de los telares de Sabadell ó Alcoy; y luego de la cátedra, y de la oficina, y de la industria chica, y del terrateniente pobre, se funden en un sólo clamor anuncio del arranque, del empuje enérgico que todo lo decida.

»En pos de esa unión iremos con toda nuestra fuerza, no con pretensiones de dirigir, sino con el único propósito de ponernos nosotros y quienes con nosotros vengan, a la disposición de aquellos que traigan la revolución, sean quienes sean.

»Hay para esto que formar agrupaciones, organismos, *unirse seriamente en grandes manifestaciones* de lo que es la aspiración de tantos. Si el pueblo quiere, puede hacer la revolución el pueblo solo; hacia eso vamos, por eso trabajamos, y quien crea nuestra sinceridad, que nos imite; y quien crea nuestra palabra, que nos siga.»

Con la misma sinceridad con que aplaudimos estos entusiasmos juveniles en favor de nuestros comunes ideales, censuramos las inoportunas recriminaciones contra la democracia republicana, cuya labor secular ha abierto los espíritus para nuestra propaganda. Pecan de ignorantes ó ingratos que hacen responsable por las ignominias monárquicas a la «imbecilidad republicana» y a las eminencias del republicanismo que perseveran en la noble protesta arrojando toda clase de perjuicios y persecuciones y despreciando los halagos de la reacción. Seamos socialistas entusiastas, pero no pequemos de ingratos y mucho menos hacia hombres que nos apoyan y alientan.

Al contrario, ensanchemos los moldes de nuestra Unión Socialista para que en ella entren y quepan todos los republicanos. Que no nos alucinen los primeros fáciles éxitos: no es tan fácil realizar la Revolución Social en España, cuando no la han podido hacer los cinco millones de socialistas convencidos en Alemania, ni la heroica democracia socialista en Francia, tras un siglo de preparación constante.

Por ninguna parte ha iniciado el pueblo las revoluciones modernas: el entusiasmo del periodista Desmoulins arrastraba en 1789 las masas a la Bastilla; Garibaldi era un general experimentado en las guerras de América, y en España no hay siquiera una revolución hecha por el pueblo. ¿Por qué, pues, rechazar el concurso patriótico del Ejército ó de un general?

La experiencia hace modesto. En vano han buscado los Lassalle, Marx, Proudhon, Blanqui y muchos otros «soluciones que arrastren el pueblo.» Fácil es hablar en ardientes frases de «nivelar explotados y explotadores, víctimas y verdugos;» pero difícil es indicar el camino por donde llegar al fin. También los restos del antiguo partido progresista vociferaron frases de revolución y anatematizaron a todo el que no quería el retraimiento electoral, manifiestamente sugestionado por la reacción, y ahora se ha visto que aquella frase de que la República estaba en el séptimo mes, era una ridícula fanfarronada. También éstos creían poder arrastrar al pueblo, prestando de nosotros la bandera del *Ministerio del Trabajo*, sin comprender su alcance y sin la honrada intención de seguir a la bandera desplegada. Pronto se vió el engaño; las astucias de la política de antaño ya no pueden dar resultado hoy, porque ya no dirigen las masas unas cuantas personalidades reunidas en sanhedrín, sino las grandes aspiraciones populares.

Y estas masas quieren tener garantías de éxito antes de arriesgarse en aventuras revolucionarias. Los prestigios de agitación se improvisan; los hombres de Estado se conquistan la confianza de la opinión tras largos años de servicios prestados al país. La República francesa actual acudió a los antiguos y probados prestigios, los Favre, Simón, Cremieux, Ferry, todos prohombres de la República de 1843 y hasta se sirvió de los monárquicos como Thiers. Entre aquel Ministerio de la República de 1870 sólo había dos hombres nuevos: el publicista Rochefort y el fogoso orador parlamentario Gambetta.

Los viejos eran indispensables para consolidar la República; su experiencia de los negocios públicos no podía sustituirse por los entusiasmos de los jóvenes; Gambetta tenía sólo 32 años al encargarse de la defensa nacional. ¿Dónde está el joven que en España pueda colocarse al lado suyo? Gambetta hubiera increpado con dureza al imprudente que se permitiera minar aquellos prestigios viejos porque son el lastre indispensable para todo Gobierno revolucionario. Obrar de otra manera significa servir los intereses de la reacción.

ERNESTO BARK.

EL CALVARIO

(RECUERDOS DE LA GUERRA)

HASTA que hubimos partido no tuve tiempo de reflexionar; las fatigas de la guerra no me dejaron el tiempo. Sin embargo, los extraños espectáculos que se me presentaron sin cesar ante los ojos, despertaron en mí el concepto de la vida humana que dormía en el fondo de mi alma.

Desperté como de una larva y dolorosa pesadilla: la realidad era, sin embargo, más terrible aún que el sueño. La sociedad entera, nuestros instintos, los apetitos, las pasiones que nos agitan... yo comprendí que la ley del mundo es la lucha, ley inexorable, homicida, no satisfecha en armar a las naciones entre sí, sino que hace que luchen entre sí los individuos de la misma raza, de la misma familia, del mismo vientre.

Las abstracciones sublimes del honor, de la justicia, de la caridad, de la patria, con que se nos educa, para hipnotizar y engañar mejor a los buenos, con el fin de sujetar y esclavizarlos mejor, son palabras sin realidad...

Experimenté un sentimiento de estupor doloroso al pensar la primera vez que sólo aquellos eran los gloriosos y los aclamados que más habían robado, matado é incendiado. Se condena a la muerte al asesino tímido, que mata al pasante en la sombra de la noche y su cadáver se arroja al ignominioso foso; mientras que al conquistador que incendia ciudades, y mata pueblos enteros, le aclaman la locura y la cobardía humana, y en su honor se erigen arcos de triunfo, columnas de bronce; y en las catedrales se arrodillan las muchedumbres delante de su tumba de mármol, que guardan los santos y los ángeles bajo la protección del Dios encantado!

¡Cuántos remordimientos siento ahora por haber pasado ciego y sordo delante de estos inexplicables enigmas de la vida!

Nunca había abierto un libro, ni me había detenido ante aquellos problemas, y ahora, de repente, me atormentaba la necesidad de arrancar de la vida algunos de sus misterios: quería saber la razón humana de las religiones que embrutecen, de los gobiernos que oprimen, de la sociedad que mata.

Tenía impaciencia de terminar esta guerra para consagrarme a esta necesidad ardiente, a este noble y absurdo apostolado. Mis pensamientos iban a imposibles filosofías de amor, locuras de fraternidad indisoluble...

Las ternuras por los desgraciados, me subían a la garganta en sollozos comprimidos. Yo observé que nunca es tan profunda la compasión con los que sufren que cuando nos abruma la desgracia. Ah, ¿era mi compasión sólo el reflejo de mis propios sufrimientos?

Estos sentimientos nobles y proyectos del porvenir no eran más que efectos del peligro inmediato que amenazaba el enemigo en frente.

¿No eran nada más que alucinaciones de la fiebre, imágenes que debían alejar de mí las amenazas del momento presente, la muerte que pa-

NOTA ARTISTICA



EN LA MASÍA

saba por delante de mi fantasía, lívida, envuelta en espantosas tinieblas?

El cielo se esclarecía en el horizonte; los contornos se destacaban con mayor claridad del fondo; la alborada se aproximaba. El frío fué más extenso que antes y la tierra crugía bajo nuestros pasos. La humedad se cristalizaba en las ramas de los árboles. Poco a poco se encendía el cielo de una llama pálida, las formas salían de las sombras aún inciertas y borradas; la obscuridad de la llanura se cambiaba en un color rosado... cuando se oía de repente un ruido, primero débil como el rodar muy lejano del tambor...

Escuché mi corazón latir con violencia... Poco después cesó el ruido y oí cantar unos gallos... Tras diez minutos volvió el ruido, ya muy fuerte, distinto y aproximándose por momentos... ¡Patara, patara! era el trote de un caballo...

Instintivamente me aseguré que mi fusil estaba cargado... me sentí agitado, las venas de la frente se me hincharon... ¡Patara, patara! Esto debía ser muy cerca de mí; me parecía sentir el aliento del caballo y oír el tin-tin de las espuelas de acero. ¡Patara, patara!...

Apenas tuve tiempo de acurrucarme detrás de un roble, cuando apareció, á veinte pasos de mí, sobre el camino, una inmensa sombra, como una estatua ecuestre de bronce. ¡Y esta sombra que se elevaba en todo su tamaño enorme contra la luz del cielo claro, era terrible! El hombre me pareció sobrehumano, desmesadamente engrandecido por el inmenso horizonte... Llevaba el casco prusiano, un largo capote negro que cubría el ancho pecho, no podía ver si era un

oficial ó un simple soldado, porque no se veía ningún signo del uniforme.

Las facciones se distinguían: los ojos eran claros, muy transparentes, la barba rubia; el porte manifestaba el poder de la juventud. La cara respiraba fuerza y bondad, y no sé qué de noble, audaz, y á la vez melancólico, que me extrañaba.

Parecía interrogar el campo delante él, y el caballo bajaba la cabeza al suelo como si buscara algo. Era sin duda un reconocimiento que hacía aquel prusiano. Detrás de él venía evidentemente todo un ejército que esperaba la señal para arrojarle adelante...

Escondido en el bosque, inmóvil, el fusil presto, le examiné, era verdaderamente hermoso, la vida resaltaba de aquel cuerpo robusto ¡Qué lástima!

Sus miradas fueron atraídas por el paisaje; me parecía que lo observaba más bien como poeta que soldado... Yo sorprendí en sus ojos la expresión de la tristeza... Tal vez se olvidaba sobre la belleza de la mañana tan original y triunfante.

Un rojo purpúreo había cubierto el cielo; los campos y praderas despertaban, y aquel prusiano, deslumbrado y conmovido de este solemne esplendor del día naciente, quedaba algunos minutos como entregado á una plegaria de amor.

—Es un poeta, dije para mí; tal vez un artista; debe ser bueno porque está eternecido.

Sobre su rostro podía yo seguir todas las sensaciones del hombre honrado; los reflejos delicados del corazón conmovido y encantado...

Ya no me asustaba; al contrario, algo como un

vértigo me atraía hacia él, y tuve que agarrarme al árbol para no acercarme á aquel hombre para hablarle, y decirle cuánto le amaba por esta sintaxis de hombre bueno y artista.

En esto pasaba una sombra de tristeza sobre su rostro; sin duda estaba pensando en los á quienes había abandonado: á su casa, que resonaba de las risotadas alegres de sus hijos; á su esposa, que le esperaba rezando... ¿Les volvería á ver?...

Estoy convencido que evocaba los fugaces detalles, las costumbres deliciosamente infantiles de aquella vida del hogar... La rosa con que había adornado la cabellera de su mujer, el vestido de ésta cuando se separaron, el nudo azul del sombrero de su pequeña hija, el caballo de madera, juguete del pequeñín mimado...

¡Ah! Todos los recuerdos de aquellos goces bendecidos le volvieron á la memoria, y les abrazaba con el poder de visión, propio á todos los extrañados que tienen nostalgia á la dicha alejada...

¡Yo tenía compasión de este hombre; le amaba, sí; lo juro; le amaba!...

Una detonación estalló... en el mismo momento oí la caída pesada de un cuerpo, el choque de un sable contra el suelo...

Mi fusil estaba caliente y del tubo salía humo. Lo dejé caer... Pero ¿era esto una alucinación?... ¡Pero no!... Nada quedaba ya de la gran sombra erigida en medio del camino como una estatua ecuestre de bronce, que un pequeño cadáver, la cara contra el suelo, los brazos cruzados... ¡Yo, estúpidamente, inconscientemente, yo había matado á un hombre, á un hombre á quien yo amaba, á un hombre con quien mi alma acababa de confundirse, á un hombre quien en el esplendor del sol naciente había seguido los ensueños más puros de su vida!

¡Tal vez le había yo matado en el mismo momento en que este hombre se decía: «¿Cuándo os volveré á ver, amados míos?»

¿Por qué? ¿Por qué? Puesto que yo le amaba, ¿por qué no le defendía si los soldados le hubiesen amenazado? ¡Y á él, á él, le asesinó!...

Con dos saltos estuve á su lado... le llamé... ya no se movía... Mi bala le había atravesado el cuello debajo de la oreja, y la sangre corría al suelo, tiéndole la barba y el pecho.

Le levanté con manos temblorosas... la cabeza recayó inerte y pesada... el pulso ya no latía... Entonces le levanté más y puse su cabeza sobre mi rodilla... De repente sus ojos se abrieron, los dos ojos claros, me miraban tristemente, sin odio, sin reproche...

Me parecía que me moría; pero haciendo un extremo esfuerzo, apreté el cadáver del prusiano contra mi corazón imprimiendo mis labios sobre este rostro ensangrentado, del cual caían largas purpúreas gotas de sangre...

No me recuerdo ya de lo que sucedió después...

OCTAVE MIRBEAU.

«NONADAS»

DE D. ALFREDO CALDERON

DEFEECTO capital de la mayor parte de los escritores españoles, ha sido siempre un cuidado exagerado de la forma, en perjuicio del fondo.

De esta desproporción entre la idea y la expresión, ha nacido el estilo pomposo y declamatorio, que se advierte aun en los mismos escritores latinos de España. La ausencia de gusto delicado y el horror á toda disciplina intelectual, permiten que se prodiguen desordenadamente las proposiciones á capricho de la fantasía; la idea, á veces ingeniosa, arrollada bajo la oleada de los incidentes, pierde toda su precisión y su fuerza. El autor, impaciente por libertarse de la tiranía del asunto, toma pie, ya de una palabra, ya de una imagen que se presten al equívoco, para lanzarse en cuerpo y alma á las más sutiles divagaciones. Difusión y oscuridad, he aquí los dos escollos con que se tropieza cuando se intenta abordar el estudio de los autores castellanos. De penosa lectura por efecto de su fecundia inagotable, es tan difícil comprenderles, que quizás no se encontraría hoy en España un sabio capaz de explicar, desde el principio hasta el fin, tal ó cual novela de los comienzos del siglo XVII. Aunque el lenguaje haya variado menos que en otros países, en

Francia, por ejemplo, el extenso y hermoso repertorio dramático de Calderón, de Lope, de Tirso, de Alarcón, de Moreto, sólo contiene producciones ininteligibles para la cuasi totalidad del público de nuestros días.

Justo es reconocer, sin embargo, que en el período contemporáneo se han realizado grandes progresos en lo que toca á la claridad del estilo. Quizás haya sido éste un resultado feliz, entre tantos otros nocivos de la influencia francesa, que tan inexorablemente se ejerce sobre nuestros vecinos. Hoy día, en lo que toca á prosa por lo menos, si la mayor parte de las obras literarias pecan por exceso de extensión, hay casi la seguridad de que su inteligencia no ha de ofrecer serias dificultades.

Por otra parte, estos defectos orgánicos están compensados siempre por una riqueza y una vivacidad de imaginación incomparables. Inútil es recordar aquí los tipos inmortales con que España ha enriquecido el patrimonio literario de la humanidad y la única inagotable de situaciones dramáticas que sin duda se explotará durante muchísimo tiempo.

No hay, pues, que extrañar que las obras de imaginación revistan principal interés en un país donde esta facultad ocupa tan preferente lugar; la facilidad de elocución es sorprendente y se escribe cuasi con igual libertad con que se habla. Por desgracia, no sucede lo mismo cuando se trata de trabajos especiales que exigen conocimientos precisos, ó al menos una cultura intelectual de cierta consistencia. En este orden, son muchísimos más raros los hombres que gozan de autoridad. ¿Es debida esta inferioridad al estado deplorable en que se halla la instrucción en España? No creemos que sea así, porque tratándose de géneros literarios en que á falta de profundidad científica bastan la reflexión, el gusto y el sentido crítico, se advierte la misma pobreza en obras bastante notables. A pesar de todo, la tendencia oratoria reaparece desde las primeras páginas, y el autor se esfuerza inútilmente en encubrir con mil disfraces las ideas generales, únicas que se ofrecen á su pluma. De aquí que este novelista encantador sea un crítico algo menos que mediano, y que aquel orador incomparable resulte un polemista huero y trivial.

Esta particularidad especial de la raza se ha afirmado con el tiempo, y aparece hoy con mayor relieve que nunca. Con efecto; á medida que avanzamos en el tiempo, es notorio que las obras de imaginación ocupan lugar más secundario. El rigor del método científico se introduce poco á poco en la literatura, se aumenta cada día el caudal de conocimientos indispensables al escritor; las vastas síntesis, las prolijas ampliaciones, tan propias del genio español, han cedido á las sabias minucias, á las pacientes investigaciones á que éste fué y continúa siendo rebelde.

Gran satisfacción ha de producir á quien siempre se ha interesado apasionadamente por España, el hallazgo de un escritor, cuya obra contradice tan desconsoladora afirmación, y permite esperar en la posibilidad de una transformación de las costumbres literarias de sus compatriotas. Se trata del Sr. D. Alfredo Calderón y de su libro «Nonadas». Podemos afirmar, después de haberle leído atentamente muchas veces, que, desde Larra, no hay escritor que le sea comparable. Sin duda se objetará cuán poca cosa es una obra sola en comparación de los numerosos volúmenes escritos por tantos hombres de ta ento: á ello cabe contestar con el refrán: «Para muestra basta un botón»; además de que en un solo libro de 300 páginas hay seguramente mayor suma de ideas que en las obras completas de las más célebres de las notabilidades adocenadas de que España se enorgullece. Añadiremos á ello que «Nonadas» es una obra sin pretensiones, y que debe su publicación únicamente á las instancias de los amigos del autor, y merced á una suscripción abierta entre los periodistas liberales del *Norte de España*, y particularmente por *Las Noticias*, de Bilbao. Consiste el libro en una serie de artículos periodísticos, publicados en aquel diario y escritos indudablemente con la precipitación y la premura propios de este género de composición. El Sr. Calderón se disculpa por ello en vez de envanecerse como pudiera. ¿Qué no cabe esperar, con efecto, de un hombre que revela tantas cualidades de estilo, de raciocinio y de saber en trabajos fugaces, y con qué impaciencia no hemos de desear que nos dé una obra preparada con tiempo y escrita con el debido sosiego?

No hemos de discutir aquí la opinión política

del autor; baste saber que es republicano avanzadísimo, lo que constituye una confirmación de aquella regla que exige que los publicistas de talento formen siempre en la oposición. En España esta verdad es particularmente evidente: salvo el Sr. Pi y Margall y el autor de «Nonadas», que defienden, poco más ó menos, la misma causa, no hallamos en el periodismo más que charla y ausencia completa de originalidad. Sin embargo, la falta de un adversario serio no ha debilitado la actividad del Sr. Calderón, que continúa combatiendo con denuedo, — probablemente sin esperanza, — los formidables abusos que han reducido al desdichadísimo estado presente á una de las más grandes y más nobles naciones del mundo.

Sabido es que la situación en España es poco favorable para el escritor de genio, que se siente atraído por la literatura militante. No pudiendo estimular con su ingenio á espíritus incapaces de resistirle y hasta de comprenderle, lucha con armas desiguales contra un gobierno que, aun cuando ha decretado la libertad de la prensa, la encierra á la menor salida de tono. Verdad es que si la polémica no puede ser tan ardiente como en otros países, esta sujeción le obliga á revestir una forma menos brutal, más cuidada, más literaria. Se descartan cuidadosamente esas intemperancias de lenguaje que á veces reemplazan á los argumentos cuando está permitido decirlo todo, se fía el convencimiento á la sola fuerza de la razón, y he aquí por qué los artículos tan moderados, tan escrupulosos, tan limados del Sr. Calderón, son buenas obras de arte en su género. El pensamiento sigue en ellos un desarrollo lógico, natural, irresistible; la conclusión se establece con precisión rigurosa, que no ofrece presa á la sutileza.

Por otra parte, las cuestiones de controversia política, las diatribas contra determinadas personalidades ó partidos, ocupan en «Nonadas» un lugar bastante reducido; las páginas más bellas son aquellas donde hallamos atordadas y dilucidadas con claridad y arte pasmosos algunos de los más dolorosos problemas que preocupan á la sociedad contemporánea. Rara vez se han expuesto de una manera tan diáfana, tan sorprendente y tan fácil los grandes sistemas de los sociólogos alemanes, ingleses y franceses. ¿Cuán alejados nos hallamos al leer esta sólida argumentación de aquellos períodos ampulosos y de la erudición á la violeta de los reputados como los más eminentes entre los escritores filosóficos de España! Léanse capítulos tan sustanciosos como los titulados *El idealismo y el realismo en la educación*. — *La libertad abstracta*. — *Sociología naturalista*. — *Socialismo católico*. — *República*, y se quedará sorprendido ante la facilidad con que se mueve á través de las teorías más abstractas, las especulaciones más elevadas de preclaras inteligencias, para llegar á una conclusión personal y siempre victoriosa.

Uno de los méritos singularmente extraordinarios del Sr. Calderón, consiste en conocer de un modo admirable á sus compatriotas y mérito no menos común todavía es el que nos los describe tales como los conoce. Con efecto; el buen sentido natural de los españoles les permite darse cuenta exacta de sus propios defectos; pero si convienen bienamente en ellos en la conversación familiar, su altivez legendaria reaparece cuando se trata de hacer confesión pública. Desde este punto de vista, sólo puede compararse á Larra con el autor de «Nonadas». Censurando los mismos abusos, se encuentran en terreno común. En *Verbosus et nihil supra*. — *La sátira*. — *Caso de conciencia* — encontramos los temas favoritos del gran humorista español; sin embargo, el genio de ambos escritores, es completamente diferente. Larra es más mordaz, más fantaseador, más imprevisto, más artista. El Sr. Calderón procede mediante raciocinio; su arma favorita es imalógica, implacable, que previene y destruye toda objeción y que, conduciéndole á veces, quizás más lejos de lo que él quisiera, le fuerza á decir amarguísima verdades. Por otra parte, ambos escritores han visto sentido y expresado igualmente la tristeza que acompaña á la sátira; pero la melancolía de Larra, es puramente intuitiva, es la de un hombre de mundo, de un disipado, de un Musset; el Sr. Calderón, como el Dr. Faust, la siente por consecuencia del estudio que le ha mostrado la vanidad de las cosas humanas. Así, la ironía del primero llega fácilmente hasta el sarcasmo, mientras que la del segundo, más inusitada, más disciplinada, es por lo común menos incisiva, pero más profunda, apenas si se separa de cierta gravedad algo doctrinal, pero por todo extremo discreta.

Sólo de tarde en tarde se halla en él manifestaciones del género de inspiración propia del epigrama, y puede citarse, á título de excepción, el siguiente final del artículo *La sátira*, donde se saborea una deliciosa fraterna al señor Pidal, que anatematizó ante la Academia Española la risa y los satíricos.

«Mientras baya en el mundo tantas iniquidades que extirpar, tantos abusos que corregir, tantos prejuicios que disipar, tantas falsías que descubrir, tantas traiciones que castigar, no nos es posible, por respetos á Pidal, renunciar á la más patente de todas las armas de destrucción que han conocido los humanos. Esta sociedad burguesa en que vivimos tendrá también su Juvenal y su Voltaire. Es ley de la historia que hayan de derrumbarse al ruido de las carcajadas los muros de la Jericó de lo pasado. Un novísimo Moliere que sacara á las tallas la piedad religiosa de los antiguos compradores de bienes nacionales, la campaña moralizadora de ciertos padres de familia, la fidelidad dinástica de muchos políticos en uso, ¿no le parece á Pidal que alcanzaría éxito formidable? Lo menos que podemos reclamar los que tales cosas sufrimos, es el derecho de ponerlos un poco en berlina. Y en fin, si siempre hubiéramos de estar serios, ¿cómo diantres íbamos á arreglarnos para hablar, cuando viniese á cuento de la Academia de la Lengua?»

Al mismo género pertenece el siguiente párrafo final del artículo *Santificar las fiestas*, donde se trata la cuestión del descanso dominical obligatorio:

«Créanos V. E., Sr. Villaverde; esas son cosas de los curas. Nacen del afán immoderado que tienen los clérigos de singularizarse. Ellos casan á los demás y no se casan. De la propia suerte no quieren que trabajen los legos el día de la semana en que ellos tienen que trabajar forzosamente. Y para hacer completo el contraste, suelen holgar durante los otros seis días, en tanto que los legos trabajan.»

Larra se ocupaba lo mismo de las costumbres de sus contemporáneos que de las instituciones de su país. El Sr. Calderón, hasta la fecha, parece haberse reducido á tratar problemas político y sociológicos. La vivísima simpatía que nos merecen la literatura española, nos hace desear que el ilustre escritor extienda su acción á más amplias esferas. La crítica literaria, por ejemplo, que cuasi no existe en España, debiera tentar á una inteligencia tan conspicua. Aunque el interés no sea tan inmediato, hay en ello también una revolución que realizar. ¿Quién, pues, más apto para dirigirla y encauzarla que el que escribe los siguientes y admirables conceptos,

¡Verbosus, et nihil supra! Démonos todos por un poco retratados en este admirable boceto de un hábil pintor. El verbo que vino á relimir al mundo, no parece sino que á nosotros haya venido á perdersnos. Aquí la palabra lo es todo: hace función de idea, de sentimiento, de virtud, de acto. Es en la oposición, promesa; en el Parlamento, fuerza; en la cátedra, ciencia; en el púlpito, fe; en el tribunal, justicia; en el amigo, mérito; en el enemigo, delito. Ensalza ó humilla; pierde ó redime. La realidad entera reside en esa representación. Un hábil polemista es aquí gran político; un buen predicador, excelente sacerdote; un maestro locuaz, sabio profano. La palabra tiene un valor sustantivo; subsiste por sí. ¿A qué engañar? Basta con mentir. ¿A qué pagar á los maestros? ¿No se enaltece su función y se les pone por las nubes? ¿A qué disminuir los días festivos? ¿No se ensalzan las excelencias del trabajo? ¿A qué ser piadoso? ¿No se reza el rosario? ¿A qué sacrificarse? ¿No se declama? ¿A qué cumplir? ¿No se promete? Palabras, palabras, palabras; diríase que el príncipe danés había pronunciado presintiendo, su tan manoseada frase. Palabras en los labios; dentro, el vacío. El mejor síntoma de nuestra regeneración sería el que empezaran á nacer todos los niños sordo-mudos.»

¿Quién no creará leer una página arrancada de las famosas cartas del bachiller D. Juan Pérez de Munguía á Andrés Niporesas? Ello, empero, no hay que suponer que el autor de *Nonadas* se haya inspirado en su predecesor. Como en parte hemos visto ya, el procedimiento de los dos escritores es completamente distinto.

Inteligencia eximia, pronta á ceder al primer movimiento; pero carácter débil, y de una cultura intelectual más variada que profunda, Larra se siente fuertemente impresionado por los vicios y extravagancias de sus compatriotas, que ingeniosamente pinta y fustiga con su fina ironía y su elocuente indignación; pero observando atentamente, se nota que, en el fon-

do, es incapaz de sustraerse á la influencia, toda poderosa del medio, y que sus recriminaciones no pasan de puro platonismo. El Sr. Calderón, por el contrario, aparte de excepcionales dones naturales indiscutibles, parece deber á un trabajo asiduo las elevadas de que da prueba. No aceptando una teoría sino después de discutirla en sus menores detalles, y no llegando á la verdad hasta haber destruido todos los obstáculos que la ocultaban á sus ojos, tiene el mérito de su sinceridad honrada, y nos parece como un hombre dispuesto á subordinar su conducta á sus rectos principios, y á separarse resueltamente de la estulta multitud para seguir la senda que se ha trazado. Sacrificándolo todo á la razón, abandona las naturales inclinaciones del sentimiento desde el momento en que las ve en desacuerdo con aquélla. Pero ante todo y sobre todo, continúa siendo el valiente escritor que combate en la brecha con arrojo y encarnizamiento contra injusticias y prejuicios que pulveriza con la inflexible rectitud y el poder incontrastable de su talento.

El estilo del Sr. Calderón se sustrae cuasi más que su dirección intelectual á la influencia del medio ambiente. Sobrio, conciso, de una claridad pasmosa, posee las cualidades más difíciles de encontrar en las obras escritas por castellanos. Ni una palabra inútil, ni una proposición redundante, ni un período ampuloso: la frase desembarazada de prolijas conjunciones, de gerundios de mal gusto y de epítetos ociosos, se desenvuelve con naturalidad y soltura; la elocución siempre precisa conserva toda su viril energía. Esta sobriedad no daña ni al color, ni á la armonía; no es árida, ficticia, ni penosa, y rebuscada como la de Saavedra Fajardo, por ejemplo, lejos de aparecer confusa y enigmática, esparce por todas partes resplandeciente luz, cuyos destellos son tanto más brillantes, en cuanto son más concentrados. Aun tratando con frecuencia asuntos elevadísimos, el autor no abusa de las palabras llamadas científicas que suelen encontrarse á cada paso en las obras triviales de la literatura seria contemporánea, y si no ha podido prescindir de ellas por completo, las emplea siempre juiciosamente y con discreción, y sobre todo, sin pedantismo.

Por desgracia, hay un punto en el cual no ha sabido, ó no ha querido separarse tan radicalmente del común de los escritores de su país. El lenguaje, lejos de ser tan bárbaro como el de la generalidad de los actuales publicistas españoles, no es, sin embargo, de una pureza irreprochable. Fuera necia pretensión nuestra el considerar la lengua castellana como poco á propósito para tratar todos los asuntos y necesitada del socorro de la francesa para adquirir claridad y expresión; diríase, no obstante, que esta es la opinión del autor de «Nonadas» al observar la frecuencia con que usa del galicismo. La claridad es, sin duda, la primera cualidad del estilo, y en él es admirable, pero parece excesivo sacrificarla, aunque sólo fuera una sola vez, el genio de la lengua. De todo su poder, sus riquezas y sus inmensas colonias, España sólo ha conservado la ventaja moral de poseer un idioma usado en inmensos territorios por pueblos que contarán un día por centenares de millones de hombres; ¿no es, por lo tanto, un caso de conciencia que aquellos que tan bien analiza el Sr. Calderón precipitar su corrupción, ó al menos, no oponerse á ella con todas sus fuerzas?

H. PESEUX-RICHARD.

(Traducido de la «Revue Hispanique»).

EL PARRIA

(POEMA SOCIAL)

Fragmento.

¿Véis? Allí va un mortal que corre en busca de falsas galas do el honor se inventa, que son las formas lo que allí rebusca, y no el principio que el honor sustenta; tanto comercio en razón ofusca, mas él, astuto, logra al fin su cuenta, y en el izquierdo lado, el más innoble, fatuo se prende emblemas de lo noble!

Otros diplomas compra, y jactancioso, llámase sabio, y charla, y chillá, y muerde, que es su saber, quizá lo más costoso,

aunque su vendedor muy poco pierde; varias trompetas coje, y sin reposo tanto ya sopla, que se pone verde, y corros mil en su redor se aprietan, y al gran doctor sin comprender respetan.

¿Véis? Otro allá, á su Dios audaz mofando hace de su justicia mercancía, y al que más da, más culpas perdonando, dicha inmortal ofrece en su porfía; muchos á él van, y así el perdón comprando, prosiguen siempre en la fatal manía de ser culpables, si en la culpa ganan el precio del perdón por quien se afanan.

Otro acullá, rendido á su deseo, raros objetos merca y amontona, formando un vil ridículo trofeo que á todo el mundo ostenta su persona; viejo ó moderno, roto, sucio ó feo, todo en sus ansias de comprar lo abona, que es hombre rico y que pretende apodos.

Otro, atributos de justicia merca, y avanza impune con su faz erguida; y á revenderlos á otros él se acerca, y así pasando va su honrada vida. El precio no hay razón que insista terca; la más potente, tiene precio en vida; porque es el precio, al que mortal se nombra, lo que á los cuerpos es su misma sombra.

Muchos pregonan y en vender se afanan; unos por gusto y afición al precio, y otros que en pos de su ambición se ufanan para comprar después lo de su aprecio: unos con otros sólo en fama ganan, y al que no compra y vende dan desprecio, que en este mundo, quien no compra y vende, es desgraciado ser que nadie entiende.

Y del patriota, la constancia austera allí se burla cual letal manía; del justiciero la verdad serena, allí se nombra infamia y bastardía; del religioso la expresión sincera, allí se execra de b'asfemia impía, que allí la gloria más divinizada, si no se vende, no se aprecia en nada.

Por eso abundan en aquel mercado politicastro hechos arlequines; jueces que sólo se han esclavizado administrando el mundo á sus propios fines; y sacerdotes que el perdón ansiado siempre compensan por limosnas ruines; gente sensata, en fin, preclaros juicios que hacen virtudes derrochando vicios.

La consecuencia, la honra, la justicia, lo más mundano con lo más sagrado, allí amontona la social codicia que saca á plaza, aun lo más vedado; y triste del que falto de pericia, á bajo precio vende en el mercado; le escarnecen todos sin demencia que es precio bajo alta competencia.

DIO AMANDO VALDIVIESO.

El partido republicano.

Con buenos auspicios ha comenzado el Directorio de la Fusión sus tareas, insistiendo con éxito cerca del Gobierno en que cese la escandalosa anarquía en Barcelona, entregada á las arbitrariedades policíacas.

Los Sres Salmerón, Santa Marta, Labra, Morayta y Ojeda, consiguieron la promesa de que se volverá la legalidad á Barcelona, que no se cometerá la ilegalidad absurda de dar á la estúpida ley «anarquista» de 1396 efectos retroactivos, y que se permita volver á todos los extrañados. Era sólo pedir la extricta justicia, y bien escandaloso sería si el Gobierno liberal se niega reparar en cuanto sea posible los crímenes de la gente conservadora.

De todos modos, no debe cejar el partido republicano en su noble actitud hasta que se vote por las Cortes una *amplísima amnistía* por todos los llamados delitos políticos. Hay muchos injustamente perseguidos que aún sufren por las torpezas de una policía inepta. De los sufrimientos soportados por los Sres. Manuel Argüelles y Estrada en Gijón, nos da un reflejo la carta del antiguo corresponsal nuestro:

«Mi detención ha sido escandalosa; á las dos de la madrugada invadieron mi casa dos parejas de la benemérita. La escena que se des-

arrolló no es para describirla... Rodeaba la casa un aparato de fuerza suficiente para restituir las Tunas del Canigüey, y á pesar de todo, sólo encontraron como *corpus delicti* un libro de Lombros, *Los Anarquistas*, don de el famoso criminalista critica acerbamente á la anarquía.»

Esta campaña en favor de la legalidad, enaltece al partido de la Fusión, y esperamos que las reuniones de la Junta Central de la misma habrán dedicado la debida atención al asunto.

Íntimamente relacionada con esta actividad es el problema de la autonomía regional puesto al tapete por los autonomistas de Cuba. No puede y debe concederse á las colonias ventajas administrativas y económicas, sin extenderlas necesariamente también á la Península. Absurdo sería querer negar á Cataluña, Andalucía, Galicia y Murcia lo que se concedió á Cuba y Puerto Rico. El partido republicano, apoyado por todas las fuerzas vivas del país, sabría plantear y resolver este grave problema que puede únicamente destruir en su raíz el vergonzoso sistema parlamentario que hace de las provincias un feudo de los oligarcas de Madrid. Creándose fuertes y poderosos centros de vida nacional en las provincias, quedaría destruido el inligno y cínico caciquismo que hace de España el objeto del desprecio del universo.

Abrigamos la esperanza que los únicos elementos valiosos alejados aún de la Fusión, los federales del grupo del Sr. Pi, se reunirán con sus antiguos correligionarios Pérez Costales, Santa Marta, Menéndez Pallarés, ayudándonos en organizar las Regiones autónomas en su vida administrativa y económica.

Defensores del credo social y representantes del socialismo dentro de la Fusión, ó mejor dicho, de su extrema izquierda, debemos esperar las deliberaciones de la Junta, donde tienen asiento autoridades en cuestiones de Sociología, como Salmerón, Azcárate, Piernas y Hurtado, resoluciones encaminadas á que el partido de la Fusión se haga ostensiblemente el portaestandarte de las reformas sociales.

¡Hip, Hip!... ¡Hurra!

El aire tibio de aquella espléndida tarde de primavera flotaba bajo un cielo ligeramente nublado, por cuyos pequeños claros de azul diáfano atravesaba á intervalos el sol de Mayo disipando con sus vivos resplandores la tenue sombra que envolvía al Hipódromo, cual si una gasa gris de fina transparencia se extendiera á lo largo del paisaje templando la crudeza de la luz y desgarrada á trechos diera paso á los rayos brillantes del astro sideral, que iluminaban el artístico claro-oscuro del cuadro lleno de vida. La *high-life* madrileña, reunida allí como en familia, ocupó los asientos de las tribunas que rodean al palco real ó exhibe sus lujosos trenes abajo en torno de la pista, tapizada de fino césped, afanosa de imitar al mundo *select* de Londres y al Tourt-Paris ocioso y elegante. En el árido desierto de la Castellana convertido en Hipódromo de la noche á la mañana por caprichos de la moda, sin que le abonen la belleza del sitio de la alegre pradera de Lonchamps ni el suelo elástico del *turf* de Epsom, teatro de las famosas luchas hípcas del Derby inglés, se da cita el público especial de las carreras, las damas de la aristocracia, ostentando sus *toilettes* más ricas y llamativas, se codean con las celebridades de alcoba, la horizontal á la moda ó la momentánea en boga, deslumbrantes de lujo refinado, envueltas en aquellos ropajes regio que dibujan sus cuerpos de estatua; la seda se mezcla con el raso, con la faya, y prendidos en los trajes claros corren lazos y cintas de gro, de moaré, adornos vistosos que realzan la hermosura, joyas y flores, un derroche de colores brillantes que parecen cogidos de un a paleta mágica.

La flor y nata de los gomosos madrileños, de jaquete y rodeado el torso por la correa que sujeta los gemelos, van y vienen de la tribuna de libre circulación al *parage*, sonriendo á las mujeres y examinando los caballos, interesándose en el *handicap*, relucientes con la gardenia en el ojal, las patillas torsas y rígidas, dando al aire perfumes suaves de brillantina que se mezclan al tibio *odor de femina* de las jovencitas y al fuerte aroma de los afeites que velan rigurosidades de la piel ó imperfecciones del cutis, semejantes con sus cuellos blancos, lustrosos y estirados á maniqués de escaparate, sin belleza en su co-

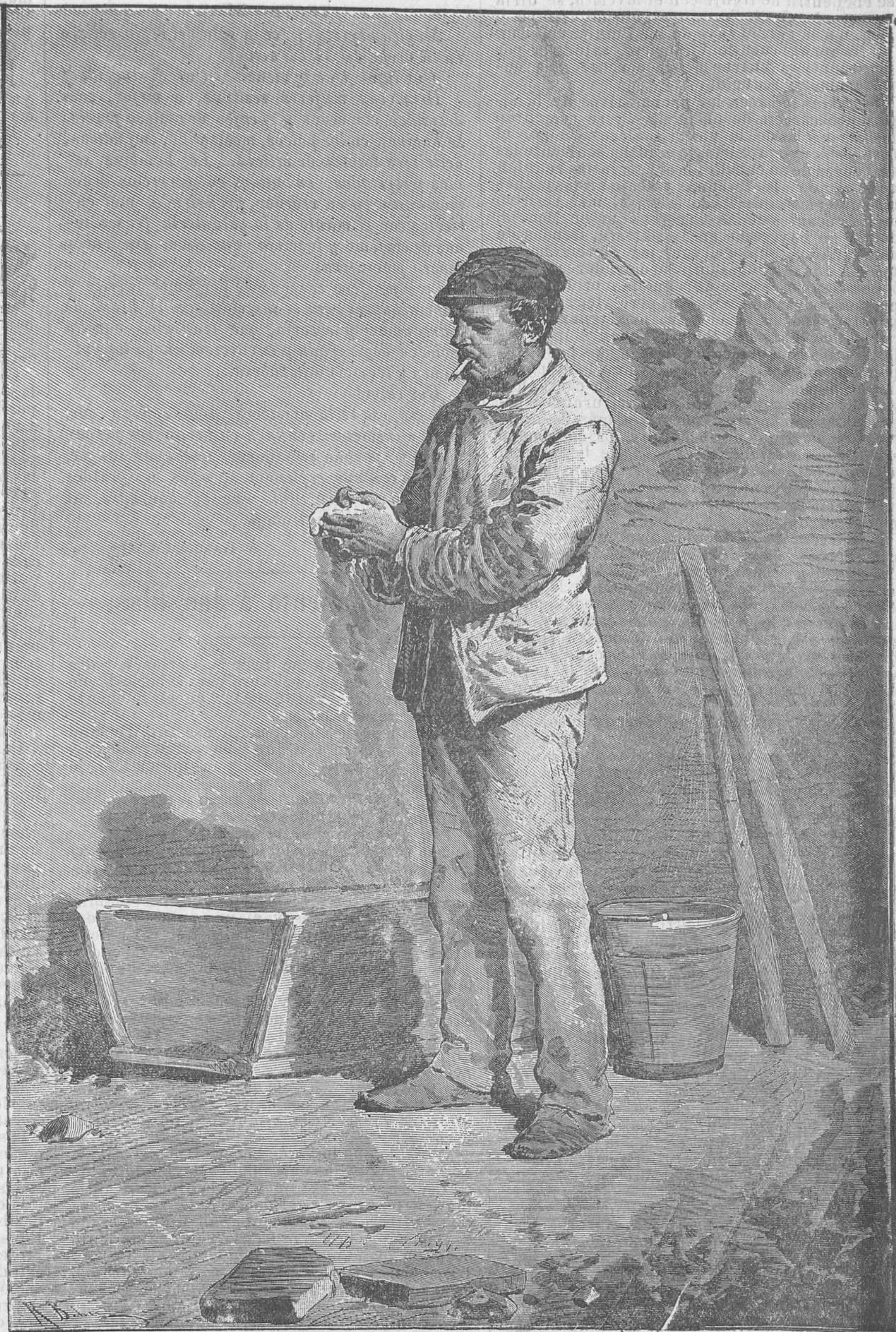
TIPOS DEL TRABAJO

rección copiada, sin arte, en su trivial elegancia. La vieja nobleza castellana, los principes del dinero, los aristócratas de nombre y de fortuna se apasionan por el *sport*, y el tropel confuso y profano de los vividores que asisten a todas las fiestas y toman parte en todos los placeres, sin otro patrimonio que sus gracias personales ó los recursos de sus ocultas habilidades, va también a las carreras, atraído por la presencia de las clases distinguidas, incapaces de sentir otro estímulo en la vida ni otro goce en el mundo superior al frívolo espectáculo de unos cuantos caballos haciendo temblar el suelo bajo sus férreas pezuñas. Un montón de curiosos y de vagos sin pretensiones a la elegancia ó sin dinero para pagar la entrada, se agolpa en un pequeño montículo que domina la pista, clásicamente llamado el palco de los sastres, y desde allí, tumbados boca abajo, con los pies al aire, siguen las peripecias de la carrera, siendo acaso los únicos que se divierten en relación a lo que les cuesta.

Los *bookmakers* ofrecen a gritos los caballos a tres contra uno, a igualdad, a pérdida el favorito, y los incautos corren a arriesgar su dinero, mientras el juez de llegada ocupa su sitio enfrente del poste que indica el término de la carrera y que sostiene un disco dividido por una línea negra para que sirva de punto de mira al pasar el caballo victorioso. El *starter*, sereno, se apresta a dar la señal de la salida, y todas las miradas se dirigen hacia un mismo punto de la pista, donde se van poniendo de frente los caballos montados por los diminutos jockeys que arboran los colores de las cuadras respectivas de sus monturas: casaca azul, blanca, rayada lila y crema, mangas y toca rojas, cereza, negras y el calzón blanco de punto que entra en la polaina corta de cuero negro.

La vista del favorito, caballo perteneciente a un título riquísimo, famoso por sus *purs-sang* y sus queridas, excita una viva curiosidad, y en verdad que es digno de figurar en el *stud-book*, el libro de oro de los célebres cuadrúpedos que se ilustraron por sus hazañas en el *turf*. Recién salido del *box*, donde estuvo mientras duró su *entraînement*, era aquella la primera vez que pisaba el Hipódromo; pero la sola inspección de sus formas bastaba para augurarle el triunfo sobre sus competidores: alazán claro, hermoso animal, todo nervios y músculos, se leían en las líneas de su cuerpo las cualidades distintivas del *pur-sang*, el caballo de carreras por excelencia; la velocidad y la fuerza que denotaban su cuello largo, estirado, fino; su espalda enorme y de una oblicuidad notable; el pecho más profundo y más ancho que el del caballo árabe para que contenga cómodamente el corazón y los pulmones; las piernas no muy largas, pero finas, nerviosas; la corba elástica; la pezuña ancha y de aplomo sobre el suelo. Daba la idea de un atleta poderoso, de una máquina perfecta que, en el momento dado pone en obra un resorte secreto, flexible y poderoso. Su ardor, su energía indomable, los revelaban su mirada viva y expresiva; sus fauces dilatadas, la regularidad de su respiración, su osamenta sólida, que ofrecía a los músculos puntos de inserción capaces de cualquier esfuerzo y de cualquier resistencia.

De pronto el *starter* baja la bandera y el suelo se extremece rebotando bajo los pies de los caballos, que se lanzan todos a un mismo tiempo, pasando con vertiginosa rapidez por ante el público de las tribunas y del *stand*. A la primera vuelta de la pista ya quedan algunos rezagados, y un grupo de tres caballos, entre los que va el favorito, toma la cabeza, disparados como flechas, recorriendo el espacio antes de que la vista haya abrazado los límites: los árboles, las zanja, los espectadores no tienen para los jockeys solución de continuidad: son unas líneas enlazadas que parecen girar furio-



EL ALBAÑIL

samente, tal es la prontitud con que se reflejan y se reemplazan unas a otras en la retina deslumbrada por la velocidad de la carrera. Uno de los caballos ha hecho hasta allí el juego del favorito, que sin adelantarse conserva el puesto que tomó a la salida. Y mientras los demás, jadeantes, cubiertos de sudor, a punto de perder la respiración, intentan el postrer esfuerzo a la vista de la meta, el jockey que monta el favorito, erguido sobre los estribos, sosteniéndose por un milagro de equilibrio, levantado en alto el látigo, suelta la rienda al noble animal, que, al sentirse libre, parte como un rayo, con

la velocidad del pensamiento, como en alas de un huracán.

Llegó el momento que ha de decidir de la victoria, que sólo un caballo disputa al ya favorito: los jockeys, agachados sobre el cuello de sus monturas, clavan con furia las espuelas en los flancos, de que se desprende un vaho denso, y animan con la voz y con el gesto a los caballos, cuyos ojos parecen salirse de las órbitas por la violencia del esfuerzo, y cuya boca rodea una espuma blanca, candente, que la lengua empuja hacia afuera. A corta distancia de la meta una nube cubriendo el disco del sol,

forma una alternativa de sombra y de luz que desliza sobre el Hipódromo; un rayo luminoso se encuentra de frente con el favorito; se diría un reto: los dos se lanzan al mismo tiempo y llegan a la par, el rayo de luz iluminando aún la frente del caballo. Victorioso, saludado por los frenéticos ¡hurras! de la concurrencia entusiasmada y seducida.

Mientras se hacen los preparativos de la siguiente carrera de obstáculos, y se comentan las peripecias de la victoria alcanzada por el favorito, cuyo propietario escucha sonriente las alabanzas de su caballo, la aristocrática reunión se dispone en las tribunas y abajo en los coches descubiertos al delicado *lunch*, el más positivo de los encantos de las carreras aquí en Madrid, donde no hay, como en Inglaterra, tiendas de campaña exparcidas al azar por el terreno, ni tablados de saltimbanquis, ni domadores de osos ó monos sabios, ni, en fin, aquella mezcla de espectáculo variada, híbrida, pero alegre y expansiva, que disipa el *spleen* más tenaz de los rubicundos hijos de Albión. Se oyen á intervalos pequeñas detonaciones producidas por el tapón que salta de las botellas de Champagne, impelido por la expansión del ácido carbónico, y las aristocráticas mandíbulas triturán á compás los finos manjares, que sirven más de delicia al paladar que de alimento á los estómagos estragados; y arriba, en el palco de los sastres, los ojos centellean de codicia al contemplar tanto lujo, el boato trivial de una elegancia cursi, monótona, en que no cabe la originalidad, porque es copiada.

La carrera de obstáculos disputada por dos miembros de la *high-life*, afanosos por emular los timbres de gloria del jockey, acaba sin incidente, y uno tras otros van desfilar por la Castellana los vehículos y carruajes de todas clases que llevaron la concurrencia á las carreras. Un *mail-coach* pasa al trote largo de cuatro potros briosos, negros zainos, guiado el tiro delantero por un caballero ataviado en jockey, la peluca empolvada, mostrando su destreza de consumado jinete en los saltos acompañados que da sobre la silla, levantando el cuerpo con solo las rodillas como la escuela inglesa manda, mientras que, majestuoso en el pescante, engalanado con el airoso traje de postillón, un atlético cocherero sostiene las riendas algo elevadas para que el trote resulte igual y elegante, haciendo restallar el látigo de fino cañamo. Las mujeres, sentadas sobre las banquetas superiores, un poco levantada la falda para que muestren el lindo pie, primorosamente calzado, y la media de seda tan fina que el satén de la piel se transparenta á través del tejido delicado, forman un conjunto abigarrado y alegre con los tonos múltiples de sus trajes claros, semejante á un canastillo de flores de lozana frescura, que dejan al pasar suaves aromas. Carretelas de doble suspensión, forradas de raso blanco ó azul claro, jardineras de gala al estilo andaluz, breacks enormes, tiburys ligeros, *phaétons* amarillos, circulan por la ancha avenida, llena de ruido, resplandeciente de lujo y de riquezas.

Los guardias civiles á caballo, de aplomo sobre la silla, el aire fiero y marcial bajo el tricorne festoneado de blanco, con el sable desnudo que lanza los reflejos duros del acero, saludan á la realeza que pasa en un coche á la gran d'Automont, precedido por un caballero correcto sobre su montura, recargada de oro su librea de lacayo.

Allá va la turba-multa de los inútiles: los parásitos seculares de la nación; los que hacen pavesa para sus vicios la honra; la meretriz arrancada del fango y elevada á la opulencia por caprichos del magnate; los tahures de alto vuelo; las damas frívolas, cuyo bello ideal es el cocherero y cuya distracción favorita es la ópera italiana; las jóvenes de la aristocracia, sacos de dinero envueltos en viejos pergaminos; los descendientes de antiguos héroes y preclaros varones, abrumados bajo el peso de su nombre; allí va todo el oro falso que reluce, la esplendorosa portada de un edificio social que se derrumba, y mientras por los costados vaga gentío inmenso de desocupados, las familias de los empleados, las muchachas de la burguesía, muertas de envidia, la juventud dorada presa de sus sueños ambiciosos de fortuna, el rebaño de siervos de la moda contemplando absortos, embobados el desfile de la grandeza de un pueblo miserable y desgraciado.

NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA

RAPIDA

TEATRO REAL

Mágico aspecto ofrece la sala del regio coliseo en la noche del 14 del actual.

¡Qué lujo! ¡Qué opulencia! ¡Qué fastuosidad! Hermosas mujeres, vestidas, ó mejor, casi desnudas, con sedas y encajes de costoso precio, se hacinan en los palcos, mostrando, impúdicas, deliciosos tesoros de belleza... Los hombres, serios y espetados, embutidos en correctos fracs mosconeán en su rededor, profiriendo, mal cubiertas con el manto de la galantería, frases llenas de cinismo y lascivia, que ellas, sin rubor acogen placenteras.

La atmósfera cargada de perfumes fuertes y embriagadores, que se mezclan con el hedor de podredumbre y escoria, que transpira aquella sociedad degenerada y envilecida, ahoga los pulmones y trastorna la cabeza...

¡Qué calor!

Y esa, esa es la aristocracia, la nobleza que, necia é insolente, confiada en heráldicos pergaminos y opozada en riquezas tintas de sangre, abofetia con sus esplendores, á los miserables que no tienen otro título que su honradez, ni otro capital que su trabajo.

A. GARCÍA CANO

Llamamiento á las filas.

UN llamamiento hace D. Carlos á todos los leales á su causa para saber con qué fuerzas puede contar en el momento del combate.

Y según se nos dice, no piensa admitir una purrela parecida á la que tomó parte en la guerra pasada por ser nociva y perjudicial en la campaña.

Así, pues, sólo han de incorporarse en las huestes del pretendiente...

Pero mejor es que vayan ustedes contando: licenciados de presidio, ladrones de blusa y levita, curas, timadores, sacristanes, descuideros, monaguillos, golfos, vagos de profesión, zánganos de todas clases, atracadores, jesuitas, sablistas, ganchos, tahures, y, en una palabra, todos aquellos que vivan del juego, del robo, de la estafa, del chanchullo, del sable, del incendio, del saqueo, del asesinato, de las horizontales, etc., etc.

No me parece mal, y aplaudo sin reservas el pensamiento y las disposiciones de D. Carlos, pues se ve que antes que nada es previsor y quiere hacer una recluta de lo más puro, saneado y florido de su gente, para echarse al campo y recordar los buenos tiempos de Cucala, Santa Cruz, Rosas Samaniego, Fergón, Savalls, el *Len de Prades* y otros muchos que honraron su causa.

Ahora, lo que hay que hacer es no desmayar. No importa que las autoridades hayan detenido en Cádiz á un sujeto que ofrecía dinero y jopas para formar una partida carlista; no importa que los liberales de Irún hayan conmemorado el 11 de Septiembre, la fecha del levantamiento del sitio de aquella villa; no importa que en Barcelona se haya descubierto un contrabando de armas que, según todos los indicios, iban destinadas á los carlistas.

Nada importan estos reveses cuando se alcanzan éxitos como el de la formación de un Comité carlista en la misma Universidad Central; cuando se consigue del Gobierno la exención del servicio militar á los religiosos salesianos, por entender que es una institución que se dedica á la enseñanza gratuita, cuando prosperan infamias como la que se ha cometido con Anselmo Arenas, despojándole de la cátedra (después de 25 años de servicios) por haber publicado libros, cuyas ideas no están en armonía con las de la reacción clerical, libros que vienen sirviendo de texto en las Universidades hace ya dieciocho años.

No; no hay que sentir desfallecimientos cuando se consiguen triunfos de esta índole.

Lo que hace falta es organizarse bien, y cuando cuenten con fuerzas suficientes, podrán lanzarse al campo con grandes probabilidades.

De derrota.

Lo que no sabemos aún es la opinión de los más significados carlistas, é ignoramos, por lo tanto, si van á lanzarse al campo para pelear ó para poner á prueba el vigor de sus piernas.

Que será lo más probable.

Esto, en cuanto á los notables de D. Carlos. Por lo que respecta á la gente de baja estofa, ya sabemos que se encuentra muy decidida á cortar cabezas.

De ajo.

FRANCISCO MACÉIN

Educación inglesa.

SOLO un espíritu que gustase de la paradoja, podría emprender por turno la demostración de que los ingleses son el pueblo que trabaja menos y el que trabaja más; con efecto nada es comparable á la potencia de trabajo del inglés si no es su potencia de reposo.

Como fórmula me parece que la más exacta es la siguiente: el inglés da, en el menos tiempo posible, la mayor cantidad posible de trabajo á fin de poder procurarse luego la mayor suma posible de reposo. En Londres noto que la mayor parte de las tiendas no están abiertas todavía á las nueve de la mañana, y se cierran por la noche mucho antes que en nuestro país. (1) Lo propio sucede con las administraciones y casas de negocios; en suma, la jornada efectiva de trabajo es más corta; de este modo es posible ir cada noche á las afueras y con frecuencia bastante lejos, porque el inglés vive raramente en el barrio de los negocios. Entre nosotros, por lo contrario, la mayor parte de los tenderos tienen su domicilio particular en la trastienda ó arriba en el entresuelo, y así pueden abrir muy temprano y cerrar muy tarde; además muchos de ellos no huelgan el domingo y ninguno el sábado por la noche. Si no se fuera á considerar más que por este indicio, el francés daría una suma de trabajo más considerable que el inglés.

Pero aquí es donde importa, sobre todo no contar las horas, sino pesarlas, y en esto sale ganancioso el inglés porque proporciona más y mejor trabajo en menos tiempo.

Relacionado con esto se advierte en el inglés cierta predisposición á los trabajos agrícolas que me parece proceder de su educación semi-rural, por habitar en *cottages*, rodeados por jardines, y además del cuidado que ponen en conocer las cosas, mucho mayor para ellos que el de conocer á los hombres que les rodean. En este medio ambiente se encuentran desde niños en contacto con la naturaleza, tienen la percepción reducida de la vida rural que se armoniza con su disposición á bastarse á sí mismos; durante su infancia han plantado árboles, sembrado legumbres, cuidado aves de corral. Todas estas cosas que en nuestro país son únicamente del dominio de los labradores y de los propietarios rurales que explotan por sí mismos su hacienda, penetran en Inglaterra en el espíritu de un muy considerable número de gentes por el simple mecanismo de la educación.

Las ciencias naturales, singularmente el conocimiento de plantas y animales ocupan en ella un sitio mucho mayor que entre nosotros; se les estudia de una manera más práctica, no sólo en los libros sino en la naturaleza, y si es posible, en *oposimens* vivos. Los alumnos deben llevar para la clase siguiente una hoja ó un brote de un árbol determinado, que tienen que estudiar, con el fin de hacerles penetrar en la noción de cada cosa por la vista de ellos y por su propio contacto en su medio real. Se comprende después de esto cuánto la explicación del profesor ha de ser más viva y más sugestiva; se puede preguntar á los alumnos: ¿dónde ha cogido usted esa planta? ¿En qué terreno? ¿Ha notado usted su forma general, las condiciones de su conocimiento, etc.?

Taine también ha notado esta predisposición del inglés á las cosas de la vida rural hasta citar el caso de que en un salón de buen tono se habla de asuntos agrícolas y las señoras toman parte con interés en la conversación. Este concurso de la mujer da al hombre una gran fuerza; en Francia, el gran obstáculo á la vida rural de la gente rica es la resistencia de la mujer; ésta no sabe prescindir de relaciones de visitas, de reuniones mundanas. La mujer es quizá el principal obstáculo para la mayor estima de la

(1) Francia.

agricultura, de la industria y del comercio como profesiones, por los prejuicios que le hacen considerarlas como inferiores y disqualificadas. Un muchacho encontrará mucho mejor partido para casarse—quiero decir, más rico, que no siempre es lo mejor si antes que agricultor ó industrial, pertenece al ejército ó á la administración.

EDMOND DEMOLINS.

RECUERDO

Vi á una niña y á un anciano,
tristes y pobres los dos;
tendióme aquella su mano,
y dijo temblando:—¡Hermano,
una limosna por Dios!

Una limosna la di
al mirar sus tristes ojos,
y—¿te acordarás de mí?
dije. Abrió sus labios rojos,
sonrió, y dijo que sí.

Desde entonces han pasado
dos ó tres años ó más,
ella no se habrá acordado
de mí, yo no la he olvidado,
ni la olvidaré jamás.

BARTRINA.

Crónicas americanas

La fiebre del oro, hermana gemela de la fiebre amarilla en semejanza de color y en efectos desastrosos, invade de modo alarmante á la sociedad americana y amenaza con epidemiarla de pies á cabeza. Todavía no está colmada la efervescencia producida en todas las clases sociales por el hallazgo en Kiondike de algunas pepitas de oro, y ya empiezan á notarse los primeros fermentos de una locura no menos desastrosa... para el bolsillo de muchos incautos.

No se trata ahora del hallazgo de nuevas minas, sino del portentoso descubrimiento de la producción del oro por un modernísimo procedimiento químico que permite obtener el precioso metal á un coste relativamente insignificante.

Chicago es la ciudad que va á tener el honor de ser la primera en contar en su seno á la nueva industria metalúrgica; y actualmente se está dando la última mano, bajo la dirección personal del inventor, á los cinco grandes hornos que han de transformar los metales ordinarios en oro purísimo.

El inventor sostiene que el oro es producto de un calor volcánico muy intenso, y que usando el antimonio, junto con otras sustancias por él solo conocidas, y someténdolas á una temperatura muy elevada, se puede obtener oro puro. La teoría del nuevo descubrimiento es que así como el calor tiene la propiedad de convertir en líquidas las sustancias sólidas y en gases las sustancias líquidas, así también debe tener la facultad de modificar la disposición de las moléculas de los metales con tal de que se sometan á temperaturas mucho más altas que las obtenidas hasta ahora.

Los hombres de ciencia dan muy poco ó ningún crédito al pretendido descubrimiento. Sin embargo, hay que reconocer su conformidad, real ó ficticia, con la moderna teoría de la materia que proclama el origen común de todas las sustancias, afirmando que el átomo final es siempre el mismo y que sólo las distintas combinaciones de los átomos que componen las moléculas dan origen á las calidades de la materia.

La antiquísima teoría de la transmutación, que tantos cerebros de alquimistas secó en la Edad Media, en vez de envejecer, va remozándose cada día más; y á estas horas está ya tan compuesta y acicalada, por obra y gracia de los modernos adelantos científicos, que difícilmente la conocían Hermes Trimegritis, el inventor de la alquimia, y los sabios sacerdotes que en Fetas y Memfis se dedicaron hace siglos al estudio del arte sagrado.

Las ideas religiosas políticas y económicas de los pueblos, encarnación viviente de las ciencias de éstos, han tenido sus altas y sus bajas, según el estado intelectual alcanzado y las necesida-

des materiales sentidas en cada periodo de la civilización. Lo que en una época eran ídolos queridos y adorados, en otra no son más que esculturas de barro caídas en el fango para ceder el pedestal á nuevos símbolos de las humanas aspiraciones; pero en ese continuo cambio, en esa sucesión de esfinges, en esa transmutación de símbolos, fiero é inmutable, los embates del tiempo, las conmociones sociales y la evolución de las ideas. Ese símbolo, esa esfinge, ese ídolo, es el Dios oro, el sagrado becerro ante cuya omnipotencia el hombre, sobrecogido de admiración, humilla la frente servicialmente.

Creación como todos los dioses de la humana inteligencia, el Dios oro se ha convertido por su solo esfuerzo, en el Dios único, el Dios verdadero, esencia de la sabiduría, encarnación del poder, supremo juez de los destinos del hombre y de la sociedad. Todos le adoran: pobres y ricos, fuertes y débiles, sabios é ignorantes; todo á él está sujeto: honor, gloria, inteligencia, trabajo, arte, ciencia, amor. El mundo es su reino y los hombres sus siervos; sus sacerdotes, los poderosos de la tierra; sus dogmas, la ambición y el egoísmo; su infierno, la miseria; su cielo, la riqueza; su símbolo, una moneda.

Lo que en un principio creóse para facilitar el cambio de productos, háse convertido en producto primordial, en sí mismo estéril, ya que ninguna necesidad satisface por sí solo, pero al cual están sujetos todos los demás productos. El hombre dió al oro el poder que tiene, y hoy es el hombre esclavo sumiso del poder que le concediera.

En nuestra sociedad metalizada, el oro es la llave maestra que todas las puertas abre y el poderoso talismán que todos los milagros obra. Por medio de él se obtienen comodidades, consideraciones, honores, respeto, cuanto es apetecible al orgullo, á la vanidad y al propio bienestar; en tanto que quien de él carece está continuamente expuesto á las terribles de la miseria, á las agonías del hambre, á la explotación desconsiderada, á la burla, al desprecio y á la indiferencia.

¿Qué tiene, pues, de extraño, que una gran parte de los hombres, atentos sólo á su mejoramiento inmediato, traduzcan su constante anhelo de bienestar por un desenfrenado apetito de oro, que cuando no los arrastra á explotar el trabajo y la inteligencia de sus semejantes, los compele al deshonor, á la bajeza moral y al crimen?

¿Cuántos atropellos, vejaciones y crímenes no se han cometido por el oro maldito; cuántas lágrimas, sudores y sangre no se han derramado por su causa; cuántas víctimas no se han inmolado en el ominoso altar de ese Dios terrible!

¡Dichoso el día en que al fundirse la última moneda en el crisol del químico, pierda el oro el ficticio poder sobrenatural con que el hombre en mala hora lo revistiera!

Aquel día empezará á brillar para los humanos la aurora de la felicidad

PALMIRO DE LIDIA

New-York, Octubre 97.

De Bogotá al Atlántico

Paris 13 de Noviembre de 1897.

Lo primero que sospechamos al ver un libro ameno en castellano impreso en París, es que este libro es malo. Y la idea de que el libro debe de ser malo, se acrecienta cuando el autor viene acompañado ó precedido de elogios, equivalentes á la aprobación del necio, peor, según el fabulista, que la franca desaprobación del sabio.

La razón de nuestras inquietudes no puede ser más legítima: estamos cansados, fatigadísimos, de una literatura hueca, altisonante y falsa conque por acá nos favorecen unos cuantos escritoruelos ricos que se editan sus libros y nos *friegan* en grande.

Añado, en punto á los elogios, que me inquietan los nacidos de una pluma captada por un cerebro tonto; pero también me inquietan, y en mucho mayor grado, las alabanzas de los hombres disertos. La maestría no siempre va acompañada de la sinceridad; antes bien parece que el ingenio se inclina al apasionamiento y con suma facilidad nos extravía y nos confunde. En mi ánimo, las alabanzas del docto significan muy poco si no van apoyadas en una demostra-

ción de buena fe. Esta demostración no la da la firma. El nombre acredita capacidad en el juzgar; pero tratándose de recibir el oro, no hay sino el propio conocimiento de los metales ó la piedra de toque. De monederos falsos está lleno el mercado literario. De cándidos también y de borrachones, resueltos á recibirlo todo, suscribiendo, por arte de su misma bondad, el modo de contrato innominado de que viven y medran.

Y es cosa averiguada y muy cierta que todos los falseadores de la verdad, por una ú otra causa, los peores son los últimos. Si un escritor, López, del Manzanares, ó del Sena, ó del Cauca, me asegura, por medio de un folleto, que el autor X es un varón insigne, como no verán otro las generaciones futuras, el daño que sus juicios me infieren no será grande. Pero si quien pretende que yo crea eso mismo es un D. Juan Valera, sin duda corro el riesgo de aceptar sus equivocaciones ó sus bromas.

Por tanto, yo encarezco la necesidad de que exijamos todos, en la exposición de opiniones sobre el valor intelectual de alguien, un buen caudal de afirmaciones demostrables, de hechos manifiestos y francos, que la crítica pueda echar sobre las páginas del escrito, diciendo á todo el que leyere: esa es mi garantía literaria; yo afirmo sobre valores de ese precio.

Claro está que yo no entro en las apreciaciones de la misma crítica. Ni me importa que ésta se verifique en la forma de canon ó á la manera impresionista. Brunetiére, ó Lemaitre, ó Anatole France, significan lo mismo, en mi concepto, cuando el supuesto de que parte la evolución de su inteligencia es real y positivo; existe en el autor de que tratan, y no es creación de ellos para elogiar ó deprimir, para enganar ó conmovir, para hacerme admirar por maravilla, un mojon de tierra apisonada, ó para inclinarme al menosprecio, por espanto, de una obra de orfebrería florentina.

Viniendo al libro de *Bogotá al Atlántico*, digo que mi ánimo, por la preocupación que acabo de exponer le fué hostil al principio. No en absoluto, sin embargo, gracias á la falta de los consabidos elogios del autor. Nadie me había dicho que el Sr. Pérez Triana fuera una eminencia literaria. Modestamente se nos aparecía como un escritor de quien es lícito carecer de noticias cuando no se leen periódicos americanos. Apenas si un publicista colombiano, como el Sr. Pérez Triana, nos manifestó hace algún tiempo que éste era un literato, ingerto en neoyorkino, fundador de la *América*, poeta á ratos, á ratos también articulista, y en todo momento muy erudito conecedor del arte.

«A las diez de la noche del día 21 de Diciembre de 1893, atravesábamos el portal de la hacienda de Boitá, mansión hospitalaria de gente hidalga, situada cerca de Chocontá en Cúndinamarca.» Y desde este momento nos expone el Sr. Triana sus impresiones de viaje hasta los últimos días de Abril de 1894, tiempo invertido en recorrer las vías del Meta, Vichada y Orinoco hasta Ciudad Bolívar.

¿Qué impresiones son éstas? Las de un observador concienzudo, bien preparado por una educación del espíritu en pensamientos graves y por un temple del corazón en las delicadezas de lo bello. La prueba se encuentra á cada paso en los veinticinco capítulos que constituyen esta narración. En el octavo, por ejemplo, por una arrogante personificación, hace hablar al Meta: «Escucha de mi boca las palabras de las aguas corrientes, las palabras de los ríos, hijos de las montañas fundadores de los valles, mensajeros de los continentes y benefactores de los hombres.» Y el río habla en efecto, trazando un cuadro maravilloso, profético, de lo que serán las regiones americanas destinadas por la Providencia para «base de un gran imperio en donde la humanidad, libre y regenerada, establezca algún día sus reales como vencedora de la tiranía y del abuso.»

Con los pensamientos que en este mismo cuadro aparecen se podría formar un opúsculo. «Como de las aguas así es de la verdad. Estalla en cerebros aislados, y por ley natural de expansión busca su centro que está en la mente de todos los hombres.» «Hallarás entre mis hermanos la misma variedad que hay entre los hombres; unos serán poderosos y vendrán desde muy lejos; otros serán apenas arroyos; los habrá calmados y tranquilos, los habrá turbulentos y rugientes como el Cauca y el Caroní, de poderosísimo caudal entrambos, pero indómitos hasta el postrer momento, semejantes á aquellos hombres que alcanzan á la edad ma-

dura y aun á la vejez, cuyos días son intranquilos y de combate, y cuyas horas, hasta las últimas, son de tormenta. De éstos habrá pocos, porque el caudal de años para los hombres, que es caudal de desengaños y de tristezas, lo mismo que el caudal de agua para los ríos, impone la tranquilidad y la calma.» «Nosotros entramos á las ciudades, y son limpias nuestras aguas; cuando salimos de ellas, arrastramos todas las impurezas y todas las substancias extrañas, que son el producto y el residuo inevitable de la vida de las grandes agrupaciones humanas; mas á muy pocas leguas de distancia nuestras aguas se han purificado de nuevo, y son claras y limpias como lo fueron antes. Así mismo entran los hombres á la vida, limpios; y cuando de ella salen, van manchados las más veces, y siempre estropeados por la lucha. A través del tiempo, las miserias individuales quedan olvidadas; las tristezas de la vida, los desfallecimientos del ánimo, desaparecen; y el hombre purificado se destaca sobre la página de la historia, en la cual, cuando ha habido verdad y justicia, el vencido se convierte en mártir, el linchador en héroe y el pensador en apóstol.» «¿Quién dice que estas llanuras y estas selvas no fueran en otro tiempo también el centro de grandes civilizaciones, que pudieran haber levantado aquí sus pirámides, sus ciudades y sus catedrales?.. No son, en verdad, más duraderas las huellas de la muchedumbre que las de los mares; ondas de hombres ú ondas del Océano, unas y otras, á través del tiempo, pa-

san como el humo en el aire ó la espuma en el agua ó como la memoria del bien en el corazón de los ingratos.»

Ingenio, gracia —una gracia inglesa, que hace sonreír suavemente, que no excita la carcajada de Sancho—se encuentra por diversos parajes. En el capítulo duodécimo, la aventura de los indios que solicitan el bautismo, suponiendo clérigos á los viajeros, está referida con discretísima ironía. El final de este capítulo es amargo, pero de un excepticismo elegante, respetuoso de la credulidad, muy bien nacido. Originalísimo es el capítulo veintiuno, con su representación de Ruy Blas, en plena selva, ante un auditorio de indígenas, teniendo un guitarrillo por orquesta y por actores á los viajeros mismos.

De observaciones importantes para el conocimiento del país está lleno el libro. Hay detalles, notas de carácter social que son de primer orden. El indio que en el capítulo undécimo nos aparece orgulloso é indómito, incapaz de comprender lo que se le pide, porque ello es servidumbre y él no atina con semejante idea, forma un hermoso tipo, encarnación de la libertad en el alma del hombre primitivo.

Las noticias sobre el estado de los indios, sobre los abusos de la administración, sobre los verdaderos crímenes de que son autores los aventureros de la civilización, mil veces más temibles que lo caimanes y los tigres, contristan y sublevan y hacen pensar en la necesidad de una justicia superior á las nacionalidades y

en un estado de derecho superior á la fuerza. Pero no es posible que continuemos en este análisis. Nos arrastra la importancia de la materia y nos excedemos de los límites adecuados á una correspondencia. De la forma no hay nada que decir: muestra del estilo son los párrafos que dejamos citados. Añadiremos únicamente que hay americanismos en el régimen, toques arcaicos en la construcción, menudas dicciones provinciales... Si alguien califica de defectos estas variaciones en la uniformidad de Castilla, estará equivocado. Matices, colores, abundancia, ¿qué otra cosa son sino bellezas cuando se combinan con arte y sirven para exteriorizar pensamientos vigorosos y sensaciones dulces, impresiones profundas é imágenes duraderas y amables?

I. L. LAPUYA.

EL DIAMANTISTA

«Ganarás el pan con el sudor de tu rostro.» Así reza la Escritura. ¡Oh, joven imberbe, cuyos ojos empiezan á mirar hacia el mañana! ¿Qué ves?.. Sombra, la nada, si ésta existe. ¿Por qué miras? Porque alguien te habló. ¡Eh, no dudes; cuanto te han dicho es exacto! ¿Naciste en dorada cuna?.. ¿No?.. Entonces no estés parado, sigue moviendo los ojos, sin cesar de mirar, y déjate conducir. Luego sería ya tarde. Tienes entendimiento y brazos: con aquél descubrirás mucho, con éstos subvendrás á lo preciso. Entender y obrar: las dos cualidades del desheredado. Hay que ser hombre, vas á serlo, y se trata de vivir. Para ello interesa defender las migajas. ¿Qué escoges: la lezna ó el arado, el escoplo ó la pluma, la paleta ó el buril?... ¡Oh, preciosa libertad que á tanto llegas!... Un arte, un oficio, una carrera; la labor ó el estudio, la fatiga corporal ó intelectual; todo lleva á lo mismo: al pan nuestro de cada día.

El afán ó la inclinación, la casualidad ó la tendencia hanle llevado ¿A dónde?... Es un local cerrado donde no penetra el aire; hay mucha luz y poco oxígeno. Ahí se labran lo que llamamos piedras preciosas. Un rayo de sol hierre el brillante y el beso del gran astro provoca infinidad de reflejos. Esos reflejos son una tentación; pocos seres los miran sin envidia.

¡Labra, oh artífice, que afuera, entre la abigarrada multitud que pulula y se agita incesantemente, hay quien codicia tu obra, la espera con ansiedad; labra, pule, termina; de tus manos toscas pasará á las de nieve de la vanidosa dama como tentador adorno engarzado en el costoso metal!...

¡Qué labor más difícil! Fija la vista siempre, siempre; la brillantez del punto objeto de trabajo va hiriendo su retina poco á poco. ¡El polvillo que cae se recoge con tino, no se deja ni una partícula; sólo el que penetra en sus pulmones se pierde!...

Ayer miraba al porvenir sin ver apenas, y tenía hermosa vista. Hoy ve mucho, tal vez más de lo que quisiera. ¿Cuál va á ser el término de la jornada con la profesión que ejerce?.. Dígalo la estadística. Proporcionalmente, de todas las profesiones conocidas, la de *diamantista* da el mayor contingente de ciegos y tísicos. Entre los resplandores vívidos y el que podríamos llamar *polen infecundo* de plantas malditas, el artífice va dejando jirones de sus ojos y de su pecho. El más débil de estos órganos será naturalmente el primer vencido. O vendrán las tinieblas ó los esputos de sangre. Ambos términos tienen su secuela: el benéfico hospital ó la misera buharda, la *muerte total* ó la *muerte parcial*, el *no ser* ó el *no ver*...

¡Oh mendrugo, cuán caro cuestas!... ¡Oh arte cuya utilidad ó cuya finalidad es el lucimiento de los vanos, qué de *abnegación* ó de *precisión* supone el adoptarte!.. En una diadema, en una corona, puede haber residuos de un alma infeliz, de unos pulmones deshechos, el brillo de unos ojos fundido en el de las piedras que deslumbran, la potencia visiva de un semejante —que acaso es la única alegría de los miseros— presa en los arrogantes prismas!... Véis una luz que encanta, y esa luz fué *homicida*; admiráis un reflejo, y en ese reflejo hay una atrocidad.

Y ¿qué ha sido la joya que labró? ¿Vehículo del mal? ¿Cuerpo de delito?... ¿Quién sabe!... En la costosa piedra cabalga á menudo el impu-



A LA PUERTA DEL VINO

dor, ó la vanidad anda cegando á la modestia ó la virtud misma ferida mediante la reluciente presea...

¡Pobre artífice!... Ya no ve más el sol, ó ve la muerte acercándose poco á poco, traicionera, impía por lo inoportuna. Y en tanto que el pesar hiere su pecho... mejor, mucho mejor si cegó, que no verá al encumbrado ser luciendo orgulloso é indiferente...

¡Oh del tétrico carbón codiciada lágrima!... ¡De cuántos ojos las arrancas tú á miles!... Al ir en pos del brillo de tentadores prismas que os atraen, ¡oh lujo y vanidad! ¿Habéis pensado alguna vez en vuestras víctimas?...

J. GOMILA.

Barcelona.

EL CESAR

Cantemos al canalla, cantemos al gran «golfo», al gran bandido, para quien nunca en la nación ha habido sagrado muro ni segura valla.

Cantemos al político eminente; él es ministro, es Dios; ante su frente, de la que lanza el rayo furibundo en forma de nocivo pensamiento, cual si á su empuje lo inclinara el viento, como un cañaveral se dobla el mundo.

Cantemos su arrogancia, su cinismo increíble y soberano, y en nube de suavísima fragancia su faz envuelva mi incensario de oro, que enciendo sólo ante el altar del justo, hoy que prorrumpo con la patria á coro: —¡Salve, César Augusto!

No es un hombre: es un símbolo temido, á quien hay que llamar César tirano, César infame, César corrompido, y que en cualquier político partido se encuentra sólo con tender la mano.

Síntesis de una idea, es lo procaz, lo bajo, lo embustero, lo ruin en la pelea, lo contrario de todo caballero, capa del que á la patria pisotea, camarada de todo bandolero, compadre del chanchullo, compinche del torero, consocio del borracho, bandera del orgullo, escándalo del toque populacho, resumen de la turba desalmada de políticos viles y execrables que á la nación, doliente y maniatada, chupan como vampiros insaciables.

Llámesle César, sí; lleva en su mano el cetro omnipotente como un inciuo emperador romano; su ser, es el potente á quien nada detiene ni avasalla; si un sensato y severo presidente pararlo intenta, de furor estalla; si le maldice el pueblo, no le escucha, y triunfante prosigue su carrera; si le provocan a violenta lucha, tiene las embestidas de la fiera; no reconoce institución ni reves ni más alto poder que su cinismo; si es preciso romper, rompe las leyes. ó las funde en el molde de sí mismo; por donde va, cual genio desbordado que nada nible en arrollar vacila, su pie todo lo de a profanado como los cascos del corcel de Atila.

SALVADOR RUEDA.

ESTADÍSTICA SOCIAL

Las clases productoras de Guadix

ESTA antiquísima y bella ciudad, abundante en gloriosos recuerdos históricos, fué una de las más importantes colonias romanas.

Por méritos especiales en la inmortal epopeya de la reconquista, concedieron los Reyes Católicos Fernando é Isabel y después Felipe IV. vender cuantiosos y feraces terrenos al común de vecinos de esta ciudad; los que muy abundantes en gramíneas, eran estas la base principal de los abonos de los campos de este país esencialmente agrícola, y pasto de multitud de ganados de todas clases.

También eran exuberantes esos bienes en pinares, chaparrales y otros arbustos semejantes, en que tanta y tan bien retribuida ocupación hallaban las clases trabajadoras; pues que eran inagotable filón de maderas, leña y carbón para toda esta extensa comarca; artículos que, como es consiguiente, expendíanse á precios bien módicos por cierto.

Desde mitad del siglo actual, el cáncer del caciquismo viene repartiéndose cual la túnica de Jesucristo y por arte del *birli birloque* los dichos terrenos, hasta el extremo de no quedar al común de estos vecinos ni la centésima parte de ellos, y éstos casi esquilados y aniquilados.

La mayor parte de los grandes propietarios de Guadix hanse trasladado á otros puntos, donde consumen las pingües rentas que esta ciudad les envía, en uso de su derecho ciertamente; pero que esto no quita los grandes perjuicios que su ausencia nos irroga.

Consecuencia lógica de todas estas *dichas y venturas* y de los enormes y nada equitativos, por cierto, tributos que sobre el país, cual losa de plomo gravitan, la agricultura, principal fuente de su riqueza, como arriba indicado queda, languidece, la industria agoniza y el comercio sucumbe; siendo subsiguiente y fatalmente triste y desesperada la situación de las clases trabajadoras; muy parecida, y á veces peor, no ya que la de los antiguos plebeyos, sino hasta que la de los sudras y parias de la India.

Escualidos obreros afanosamente *mendigan* trabajo, con el que tarde y mal tropiezan; pero... ¡de catorce horas por jornada! de sol á sol!!; mas en cambio, remuneráseles espléndidamente... ¡25 pesetas!!; que tasadísimamente les alcanza para el sustento cotidiano de sus casi famélicas y harapientas familias; las que ordinariamente, en consecuencia comen maíz, habas, patatas, pimientos, tomates y aceite de olíva; en bien corta cantidad *las carnes y las grasas animales son artículo de lujo* que apenas, y tarde y mal, entran en su alimentación.

Para olvidar sus penas, según los obreros dicen, abusan grandemente de las bebidas alcohólicas; las que, artificiales en su mayoría y confeccionadas con materias nocivas y anti-higiénicas, trastornan el cerebro y quebrantan la salud de los tan deficientemente alimentados obreros.

Las habitaciones de la mayor parte de éstos son cuevas cavadas en los cerros más contiguos á la población, y en las cuales y casi confundidos habitan sus familias y animales domésticos: el burro, el cerdo, las gallinas, etc.

Más del setenta y cinco por ciento de los obreros no saben leer ni escribir; y, efecto de su falta de instrucción y penosa, ruda y mal retribuida jornada, tienen que dedicar á sus hijos á recoger estiércol y guardar ganados y otras faenas parecidas, á fin de conseguir entre todos el alimento indispensable á la familia, que el cabeza de ésta, con su reducido é inconstante jornal no puede facilitarle por completo.

El cultivo que se da á estos campos es antiguo y rutinario en extremo: los instrumentos son los que nuestros bisabuelos nos legaron.

La demanda de los trabajadores es en todo el año mayor que la oferta, y de aquí una de las causas principales de lo reducidísimo del jornal del obrero; que, sin embargo de todo, es en su mayoría, dócil y laborioso.

Bien pocas, en verdad, son las obras públicas que se llevan á cabo en este país. La carretera de Almería tantos años ha comenzada, y cuyos trabajos se practican con mucha lentitud y sufriendo grandes interrupciones; como la que más de doce años hasta la fecha lleva.

El ferrocarril de Murcia á Granada ya terminado hasta Baza, y casi virgen y totalmente paralizado en el dilatado trayecto comprendido en dicha ciudad y la de Granada, á pesar de las varias prórrogas concedidas con grande prodigalidad por el Gobierno á la Compañía concesionaria, que tanto viene perjudicando los intereses y abusando de la paciencia de este sufrido país *¿Quosque tandem?*...

No ocurre así afortunadamente con la vía férrea de Linares á Almería, que antes de un año estará completamente terminada.

Carece este país en absoluto de Cajas de Ahorros, Monte de Piedad, Sociedades Cooperativas de Crédito, de Socorros Mútuos, Cajas de Retiro, Compañía de Seguros Mútuos y, por último, de Banco Agrícola, con lo que se conseguiría poderoso y eficaz antídoto contra la mas hipócrita y gravosa usura que á la agricultura aniquila.

Encuétrase la mayor parte del trigo del Pósito de esta ciudad *copado y guardado* desde hace muchos años, por media docena de *piternales*

caciques, sin que por ninguno de los muchos yuntamientos que desde la indicada fecha vienen sucediéndose, háyase molestado en lo mas mínimo tan siquiera á esos *benéficos* señores.

Y cuenta que se trata de respetable número de fanegas de trigo, con las que, si no remediar del todo, pudiérase muy bien aliviar la aflictiva situación de los labradores, hiriendo de muerte al monstruo de la usura.

Muchos de los obreros de esta ciudad son Republicanos con vistas al Socialismo.

En fin; los medios más eficaces para llevar á cabo el mejoramiento de las clases obreras de esta hermosa y fértil, cuanto por los gobiernos de la restauración abandonada comarca, no obstante los cuantiosos y nada equitativos, por cierto, tributos con que á las cargas del Estado contribuyen son á nuestro entender:

Fomento de la instrucción primaria, agrícola é industrial técnicas.

Fomento de las Obras públicas.

Deslinde de todos los bienes procomunales; lo que una vez practicado esto, debieran distribuirse en lotes con un equitativo censo á los jornaleros y demás clases necesitadas.

Moralidad en la administración.

Disminución de tanto gasto inútil como se hace en España, y rebaja en las contribuciones é impuestos y muy especialmente en el de consumos, quedando libre de éstos y los arbitrios correspondientes, por lo menos las especies que produce la agricultura del país y sirvan para la alimentación de los individuos dedicados á ellos.

Prohibición terminante de picar más cuevas y construcción de casas económicas para obreros.

Repoblación de los montes y alamedas y enérgicas medidas para precaver é impedir las inundaciones á que periódicamente se halla expuesta nuestra vega, por las causas expresadas.

Establecimiento de un Banco Agrícola, en el cual los trabajadores encuentren á un interés módico las cantidades que necesiten para el cultivo de las tierras, sin tener que recurrir á los usureros que los explotan cruelmente.

Y rebaja en las horas de trabajo y aumento de los jornales.

Las clases trabajadoras sólo pueden salir del marasmo en que yacen por una República radical que con especial predilección plantea amplias y equitativas reformas sociales.

JOSÉ MARÍA ORTIZ

Guadix 18 de Octubre de 1897.

RASGOS

Mucho habíamos celebrado la adhesión de *La Antorcha Valencina* al socialismo, y creíamos un error involuntario que se sumaba al llamado «partido obrero»

¿Cómo podía hacer el semanario republicano la guerra á los republicanos?

Con tanto mayor pesar hemos visto los inoportunos ataques que dirige á la republicana *Conciencia Libre*, de Valencia, que, de su parte, le contestó con la merecida severidad:

«Por lo demás, nosotros nos consolamos fácilmente de los injustos ataques de algunos socialistas, y decimos algunos porque estamos convencidos de que á muchos socialistas molestan los ataques que una parte de la prensa socialista se entretiene en dirigir á la República, al ver, como hemos visto, que la brillante revista socialista GERMINAL y sus redactores han merecido también analogas censuras, sin duda porque en uso de su derecho han prescindido para ser socialistas del visto bueno de Pablo Iglesias»

Quitando el adjetivo *brillante*, nos parece muy bien la reprimenda, y para que la *Antorcha* comprenda bien cuán mal va caminada, le recomendamos la lectura del folleto de nuestro redactor Santaclara, *Desenmascarados*.

Bienvenido sea el nuevo colega regional *sociológico* de Granada *La Linterna*.

En su artículo de programa hace suya la tendencia de nuestro estudio «Madrid y las Provincias», de modo que saludamos en á él un correligionario.

«El sosiego público, dice, tiene dos grandes enemigos que combatiremos sin tregua: el *holgazán* y el *ladrón*. En los tiempos presentes se suelen juntar con extremada frecuencia estas

dos infamias en una sola persona, y resulta un cacique; esto es, un monstruo».

Muy bien; duro con los *dirz mil caciques*. Sólo olvida el colega de citar entre los holgazanes al clero, que es el más pernicioso de los parásitos.

También es necesario que diga con claridad si cree posible la redención del proletariado por la monarquía.

Celebramos que hable con cariño del *proletariado de levita*, tan maltratado por ciertos «socialistas».

Espérase la absolución de los numerosos acusados en el proceso contra los autores de las proclamas que excitaban a los soldados de no embarcar a la guerra.

Dichas proclamas dicen lo mismo que en todos los periódicos monárquicos se ha repetido impunemente y que el partido socialista ha dicho en audiencia oficial al Sr. Sagasta.

Especial interés despiertan los publicistas Sempau y Bó y Singla, agitadores republicanos muy conocidos, en particular el último como infatigable pactista-socialista.

Bien triste es que en la importante cuestión del servicio obligatorio haya habido necesidad de acudir a las hojas clandestinas para conseguir el cumplimiento de la Constitución.

Y todavía no estamos seguros de que las promesas de Sagasta se trocarán en hechos. Bien sería que nos preparemos todos a una nueva agitación.

Las explicaciones del Sr. Lluhi Rissech, en *El Francoí*, confirman lo dicho por nosotros: la base de toda democracia es el *acatamiento de la voluntad de la mayoría*, que es la esencia de la soberanía del pueblo.

Quien no acata la mayoría, no es demócrata. Mal que pese al órgano federal, no es demócrata el presidente de una Asamblea que no se somete a la mayoría, sea cualquiera el pretexto de tan absolutista proceder.

Acatar la mayoría no significa abdicar las ideas que cada individuo tenga. Si las cree buenas, puede propagarlas con el fin de ganar la mayoría, pero nunca tiene el derecho de perturbar la democracia por una disidencia facciosa.

Estos son principios elementores de toda democracia, desconocidos al parecer del Sr. Lluhi Rissech y la escuela que le inspira.

Es una disidencia antidemocrática, facciosa, y redundante en provecho de los Silvela, Azcárraga y D. Carlos.

Tanto más lo sentimos, cuanto estamos identificados en casi todas las demás ideas con el colega federal-socialista de Tarragona.

Publicaciones.—*El Paria* se titula un poema social-satírico que acaba de publicar D. Dío Amado Valdivieso, y del cual ha tenido la atención, que agradecemos, de remitirnos un ejemplar.

Como su misma denominación indica, es una obra de verdadera importancia, merecedora de un detenido estudio que, por falta de espacio, no podemos dedicarla.

Bajo una forma siempre inspirada y brillante, el Sr. Valdivieso trata en su poema la cuestión social, que analiza profundamente, flajelando sin compasión los vicios y miserias que caracterizan a la sociedad egoísta y convencional en que vivimos.

El libro, esmeradamente impreso, se vende en las principales librerías al precio de dos pesetas; y en otro lugar de este número insertamos un fragmento del mismo, al azar escogido, como débil muestra de lo mucho que vale.—X.

MOVIMIENTO SOCIALISTA

A pesar de todas las trabas y resistencias que los capitalistas ofrecen al desarrollo del socialismo, éste se propaga de modo universal, llevando la virtualidad de sus ideas a los más lejanos países del globo.

En el Japón ha comenzado la lucha entre obreros y capitalistas.

Los tejedores de Ooka, Yokohama y Lambas, así como los obreros empleados en la construcción de máquinas, los mecánicos, los albañiles y tipógrafos de Tokio, centros los más importantes de la industria japonesa, se han organi-

zados en sociedades con arreglo al modelo de las *Trades Unions* inglesas.

Lo mismo ocurre en otras ciudades de alguna menor importancia que las citadas, organizándose los trabajadores de modo que puedan resistir las tiranías de patronos y capitalistas, llegando según el *Japón Mail*, a más de 300.000 los obreros organizados en el Japón.

El conflicto de los tejedores de Alcoy sigue sin resolverse.

Ultimamente, y bajo la presidencia del alcalde, se reunieron los fabricantes con la Comisión de tejedores a fin de resolverlo, no pudiendo llegarse a un acuerdo.

Aunque se siguen practicando activas gestiones para procurar una solución conciliadora que corte la huelga, se duda de poder conseguirlo dada la resistencia que ofrecen los patronos a las pretensiones de los obreros sobre el aumento de jornal.

Con la mayor satisfacción comunicamos a nuestros lectores el progreso que las ideas socialistas van alcanzando en esta desgraciada España.

La sociedad de carpinteros de taller ha dirigido a sus compañeros una elocuente alocución, convocándoles para una reunión de propaganda y excitándoles a que, para evitar la explotación de que son objeto, se constituyan en sociedades que bien organizadas puedan defenderlos, y luchar contra los patronos con esperanzas de triunfo.

Si, compañeros; asociaros, que la unión hace la fuerza, y fuertes y poderosos podréis conseguir se respeten vuestros derechos hoy pisoteados a mansalva.

En Vigo se ha reorganizado la agrupación socialista, acordando emprender una activa campaña en defensa y propaganda de sus ideales.

En Turin se ha organizado asimismo la agrupación socialista, dispuesta a pelear briosamente por la causa de la justicia representada en el socialismo, habiendo constituido un Comité que se compone de los compañeros siguientes:

Francisco Menéndez, presidente.—Juan Menéndez, vicepresidente.—David Núñez, secretario.—Vicente Vázquez, vicesecretario.—Alfonso Fernández Barrero, tesorero.—Benigno García, contador.—Raimiro Vázquez, José Villa y Fermín Lanzurica, vocales.

En Santander, asimismo se ha efectuado un *meeting* de propaganda, al que asistió grandísima concurrencia, que simpatizó ostensiblemente con las ideas socialistas expuestas por los oradores.

Según noticias, los concejales socialistas de Bilbao tomarán muy pronto posesión de sus cargos, levantándose al efecto la arbitraria suspensión que decretó el anterior gabinete conservador.

Ya era hora de que a esos honrados obreros se les concediera lo que justa y legalmente les corresponde.

En la Coruña, los *obreros peones*, se ha constituido en asociación, que ha quedado instalada en la calle de San Juan, núm. 14.

La Sociedad de obreros canteros y marmolistas de Madrid, ha satisfecho a sus compañeros huelguistas de las obras de la Almudena, el jornal íntegro de la última semana, a cuyo efecto los que trabajan, han contribuido con el 3 por 100 de los suyos.

El espíritu de los canteros es no volver al trabajo en tanto no se acceda a sus justísimas pretensiones.

¡Hermoso ejemplo!

Los barrenderos de esta capital se han declarado en huelga. La celeberrima Sociedad de limpiezas, con una *generosidad* sin límites, los explotaba de tan indignada manera, que al fin los modestos operarios han tenido que recurrir al medio indicado como único que hiciera cesar el insufrible abuso que con ellos se cometía.

Como el conflicto está ya solucionado, accediendo a las justísimas reclamaciones de los barrenderos, no creemos oportuno hablar más de semejante cuestión, deplorable por los escandalosos hechos que la han motivado.

Según noticias de Valencia, son ya muy pocos los dueños de caballetes que no acceden a las pretensiones de sus obreros, los cargadores del puerto, que solicitan se les conceda el descanso dominical.

La enérgica actitud de los mismos, apoyados en la justicia y razón que abona sus deseos, ha conseguido tan satisfactorios resultados.

En las obras del ferrocarril de Aragón se ha derrumbado una trinchera, causando la muerte a cinco obreros que dejan en el mayor desamparo a sus infelices familias.

Un obrero de Barcelona, que trabajaba en el Depósito Comercial, se ha caído al suelo desde gran altura, causándose lesiones de carácter grave.

De las obras del ferrocarril del puerto de Vigo se ha desprendido una enorme piedra que, cogiendo debajo al trabajador Claudio Casas Romero, le produjo gravísimas lesiones que ponen en peligro su vida.

¿Y esa ley para remediar los accidentes del trabajo?

¡Ah! Es cosa de ricos; los ricos han de hacerla, y a esos qué les importa que muera un obrero y a su familia por todo recurso le quede el pedir limosna...

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

MADRID.—A. R. de A. Sírvase usted pasar por esta Administración, Génova 7, los días de trabajo de 6 a 8 de la tarde, para hacerle entrega de los números 23 al 27 que pide.

PONTEVEDRA.—D. J. B. Desde este número 29, se le remite paquete de 5 ejemplares hasta nuevo aviso. El pago puede hacerlo en libranzas del Giro Mútuo, en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro. Ruegue al corresponsal en Pontevedra, Z. R. S., diga a qué se refería las instrucciones de que habla, pues no hay datos en esta nueva Administración. A fines del mes se le enviará la liquidación total.

VILLAGARCÍA.—D. F. G. R. Remito desde el número 29, paquete de 25 ejemplares a Santiago. No puedo conceder la exclusiva sino por un trimestre. Se le remiten a usted 10 ejemplares del número 28, continuándole este paquete hasta nuevo aviso, a 10 céntimos ejemplar y liquidación fin de mes. En lo demás se atenderán sus indicaciones y le avisaremos lo referente a los anuncios.

ALICANTE.—D. F. S. Recibidas nueve pesetas, queda suscripto por un año Z. J. A. mandándole desde el número 29.

PASAJES.—D. L. S. Recibidas 2'50 pesetas por suscripción trimestral, Octubre a Diciembre. Se le remite de nuevo el número 28, agradeciéndole sus frases de afecto.

PALAFRUCCELL.—D. N. C. Desde el número 29 se le aumenta el paquete en tres ejemplares, hasta nuevo aviso. Se inserta noticia en este número.

ARIZA.—D. A. L. Recibidas 2'50 pesetas por suscripción trimestre desde el número 29. Recibirá usted desde este número.

MADRID.—SANTA BARBARA.—D. E. S. Su artículo irá en el número próximo. No se ha recibido el anterior artículo a que usted alude. Procure avistarse en esta Administración con el Sr. Bart.

OVIEDO.—D. M. F. P. Recibidas 10 pesetas a cuenta de Octubre. Se le remitirán 20 ejemplares. Esta Administración le envió también 20 ejemplares el 29 de Octubre.

BARCELONA.—D. F. S. A. Se envía con esta fecha el número 15 al suscriptor D. A. F. C., rogándole me manifieste cuándo termina su suscripción y que dispense la falta, debida sin duda, a la reorganización administrativa.

BARCELONA.—D. S. G. Va su artículo en número que le remito. Espero me manifieste si es suscriptor y hasta cuándo.

SAN FERNANDO.—D. P. M. Imposible publicar poesía. Se le agradecerá remita otras.

GRACIA.—BARCELONA.—Z. F. B. No puede ir su artículo. Pero agradeceré remita alguna cosa.

ZARAGOZA.—D. A. G. S. Aceptamos gustosos su ofrecimiento y le agradeceremos los datos que nos promete.

LEÓN.—D. F. S. A la mayor brevedad remitiré liquidación de su cuenta.

GIJÓN.—D. C. L. Con esta fecha envío en el paquete cinco ejemplares del número 25, uno del 15 y uno del 16.

CAZALLA DE LA SIERRA.—D. A. L. Recibidas 12 pesetas por un paquete de cinco ejemplares que empiezo a servirle desde el número 29, tiene usted pues abonado hasta el número 52 inclusive. Se tendrán en cuenta sus deseos y se le agradecen sus manifestaciones.

CUEVAS.—D. F. P. H. Recibidas 2'50 pesetas por cuenta del corresponsal D. P. P. N. Se enviará la liquidación.